

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenece exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Para comercializar ejemplares en soporte papel
se debe solicitar acreditación
como impresor autorizado.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Para ver una copia de esta licencia,
visita http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es_AR.



Ediciones Turas Mór

39



Terror
Fantasía
Ciencia ficción

BARB-DIN
2014



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial 3

El anósmico (DIXON ACOSTA) 5

Expreso Moksa (CARLOS SUCHOWOLSKI) 7

Más rápido que... (ARIEL C. DELGADO) 51

Abducción a la chilena (CARLOS PÁEZ S.) 53

Carta abierta a los viajeros del cosmos (NANIM REKACZ) 56

After office (RICARDO GIORNO) 58

NM

www.revistanm.com.ar
 director@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com
 http://sites.google.com/site/revistanm / www.facebook.com/RevistaNM

Dirección y grafismo: **SANTIAGO OVIEDO** / Corrección: **CRISTINA CHIESA**

Revista de distribución gratuita en formato electrónico,
 dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
 la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**.

Safe Creative ID: 1601316375968

Se agradece por haber tomado parte en este número a: PABLO SOLARES VILLAR,
 STEFANO VALENTE, VLADIMIR VÁZQUEZ y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "Vanmodulscape" (BÁRBARA DIN)
 www.patreon.com/BarbaraDin / www.facebook.com/BarbaraDinArt

Musicalización estocástica: *Doctor Panóptico* (SPURR)
 https://soundcloud.com/spurr-330152503/gabriel-pereira-spurr-doctor-panoptico

—¡Muy buena pregunta! Eso lo estudié muy bien: buscan alimento y poder. Cuanto más sufrimiento del otro, mayor poder para ellos. Hay sufrimientos que terminan prontamente con la vida de la víctima. Son poderosos, pero de escasa duración. Hay otros que duran hasta el fin de los días. Ésos son los mejores. En mi humilde opinión, claro.

—Ahora me cae más la ficha. Pero no sé, violaciones hay, aunque parecen de chabones comunes. O sea, son enfermitos, nada más.

—Está en lo cierto, señor Serpagli. —Wanikkien levanta la cerveza—. El último chop. —Y lo bebe de corrido—. Se me ocurre una tercera situación: el demonio ocupa el cuerpo de un hombre, llega hasta su casa y tiene sexo con la esposa del infeliz. Con la energía del Demonio, ella goza hasta el paroxismo.

Serpagli se acaricia el mentón, también bebe su cerveza.

—Pero no le veo el daño, señor Wanikkien. La esposa goza en lugar de sufrir, y el marido no recordará nada. Es posible que el hombre vea tan feliz a su esposa que hasta se aproveche de la situación, adjudicándose la *performance*. Total, él desconoce que fue

un demonio quien tuvo sexo con ella, y ese conocimiento sí que sería terrible. Así que, sin sufrimiento, ¿de qué se alimentará el demonio?

—Claro, claro. Por tercera vez tiene usted razón. Qué sagaz. Pero no me daré por vencido. —Wanikkien va hasta la barra y abona las cervezas—. Ya voy a encontrar la manera en que los Demonios hoy día se alimentan de temores, horrores y sufrimientos sin ser detectados. —Vuelve a la mesa—. Aquí nos despedimos, señor Serpagli. Disculpe la lata de este servidor, pero fue una conversación esclarecedora. Le estaré eternamente agradecido, usted comprenderá.

Y se marcha caminando firme, la espalda recta. Abre la puerta y sale a la calle.

Serpagli no tiene tiempo ni para sorprenderse ni para putearlo: siente la vibración del celular antes que el sonido. Lo saca del bolsillo: mensaje de Estelita. ¡Por fin! Mira la pantalla. Le da entrada al mensaje: *Papi, discúlpame, recién me despierto. Anoche me mataste, papi. Anoche fue un infierno. La nena quiere más.*

© RICARDO G. GIORNO, 2015.

RICARDO GERMÁN GIORNO
 (Argentina —Buenos Aires, 1952—)

Enemita de la primera hora y amigo de esos que se desean desde siempre, a lo largo de la historia de la revista publicó "Sólo trabajo" (# 1), "Gómez y Ricuti" (# 3), "Las moscas son las primeras en darse cuenta" (# 5), "¡Oh, el fútbol!" (# 10), "Dolores que se pasan" (# 12), "El tiempo es un capricho que nos imponemos" (# 14), "Argentina potencia" (# 16), "Bellar" (# 18), "La sangre no sueña" (# 21), "¿A vos te parece?" (# 23), "Una noche más" (# 28), "Una agradable mujer alta, con un vestido negro" (# 31) y "Cuando algo muere" (# 35).

metido en el baile y tiene que bailar. Odia al albino, pero representa a la empresa y se las tiene que aguantar.

—Y bueno, dele —dijo.

—Recién comenté que han desaparecido. ¿Y si en realidad han mutado?

—¿Y a mí me lo pregunta? —Serpagli estira el cuello y mira la barra—. ¡Dos balones, por favor! —Se reacomoda en el taburete—. Disculpe. Pro siga por favor.

—Le preguntaba que, si en lugar de desaparecer, no habrán mutado. No me responda. Quiero explicárselo, a ver si me hago entender. —Y los ojos le fulguraron—. Es importante para mí.

—Escuchemé, no dé tantas vueltas. Aquí estoy, lo escucho.

—Como veo que no es entendido en este tema, le pregunto si sabe más o menos qué puede hacerle un Demonio al ser humano.

—Y... puede poseer su mente o su cuerpo, o ambas a la vez. Puede torturarlo, puede violarlo, puede engañarlo para interés propio. Qué sé yo. ¡Tantas cosas!

—Tomemos la violación a una mujer, por ejemplo.

—Tomemos —dijo Serpagli y le dio un gran sorbo a la cerveza recién servida.

—Hoy es inaceptable que un Demonio se materialice ante una mujer y la viole.

—Nadie le creería a la mina.

—Excepto un pequeño grupo. Una brigada muy especial.

—Ah, claro: mientras la mujer es internada en un loquero, la brigada sale a la caza de ese demonio.

—Muy perceptivo, señor Serpagli, muy perceptivo. Por eso mismo, un

Demonio que se precie debe buscar nuevas formas. Debe mutar, ¿no le parece?

—Si usted lo dice.

—Así que puede intentar lo siguiente: poseer un cuerpo de hombre y, a través de él, violar.

Serpagli se queda mirando a esa cosa que tiene enfrente. ¿Por qué le cuenta toda esa basura? Tiene que sacárselo de encima. Terminar con esta boludez atómica.

—Bueno, sí. Funcionaría perfecto. Aunque estaríamos más o menos igual que con la situación anterior.

—¿Por qué lo dice?

—Y, el hombre jurará por todo su árbol genealógico que fue poseído por algo maligno. No le creerán, lo sé. Pero la brigada...

—Ah, veo que ya toma en cuenta a la brigada. Pero nuevamente tiene razón, salvo por el pequeño detalle que el hombre poseído olvida todo el asunto de la posesión.

—Aún así, dirá que no se acuerda absolutamente de nada. —Serpagli gesticula, la cara roja, los ojos vehementes—. Un caso aislado puede pasar inadvertido, pero varios despertarían sospechas. ¿Otro chop? Yo invito.

—De ninguna manera, señor Serpagli. Soy yo el que invita, faltaba más. —Wanikkien le hizo al mozo el ademán de otra ronda—. Veo que tiene una preclara inteligencia. Enhorabuena.

—Digo yo, a mí nunca me cerró esto de los demonios y otras yerbas. ¿Para qué hacen daño? Para mí es imaginación de mentes débiles. Porque si realmente existieran: ¿no se cansan de pasar toda su existencia jodiendo y jodiendo?

Desde el punto de vista de FRIEDRICH NIETZSCHE, la oposición entre la moral del amo y la del esclavo es parte del itinerario en el camino del *eterno retorno* y por eso no deja de advertir acerca del riesgo de contemplar durante demasiado tiempo la grieta del abismo. El que combate contra monstruos puede convertirse, a su vez, en uno de ellos. Siempre está presente el riesgo de que los poderosos de ayer sean los sometidos de hoy, en un recorrido cíclico que lleva a cazas de brujas, listas negras y exigencias de certificados de pureza racial, religiosa o ideológica, entre otras exquisiteces de la raza humana.

No obstante, en esa línea de pensamiento acaso pueda advertirse una simplificación platónica valedera, pero no por eso menos peligrosa (como toda simplificación).

En tal sentido, con una visión ahistórica, ERNST JÜNGER —que codirigiera con MIRCEA ELIADE la revista **Antaios**— prefiere hablar del *retorno de lo Eterno*, con lo que lo trascendente pasa por lo metafísico, lo que le permite acceder a los hechos desde una visión más intuitiva y menos estructurada.

Así, en *Eumeswil* escribe —con referencia al ámbito universitario— que en determinadas situaciones políticas un docente debe acotarse a las ciencias naturales. Lo que salga de esos límites (literatura, filosofía, historia) puede entrar en terrenos peligrosos, especialmente “si cae bajo la sospecha de ‘trasfondos metafísicos’”.

Según él, “basándose en estas sospechas actúan entre nosotros dos tipos de profesores: pillos disfrazados de profesores o profesores que, para gozar de popularidad, juegan a ser pillos. Compiten entre sí por superarse en infamias; pero los lobos de una misma camada se cuidan mucho de

devorarse entre sí". No obstante, cuando un espíritu más elevado entra por error en esos círculos, "lo tratan como a un mirlo blanco: todos se unen contra él. Es todo un espectáculo verlos cerrar filas, como si los amenazara el exterminio".

Fuera de la literatura, en lo cotidiano, el individuo singular con rasgos del anarca jüngeriano puede advertir ese comportamiento en todos los ámbitos. Tanto en lo laboral como en lo social. En lo privado y en lo político; en lo particular y en lo público. Incluso, lamentablemente, también en niveles superiores, como lo artístico y lo espiritual.

En tal sentido, el anarca puede acceder a la imparcialidad porque trata de expulsar de sí a la sociedad, el derecho o cualquier otra imposición. En puridad, él es anarca no porque desprecie la autoridad, sino porque la necesita; no es un no creyente, sino un hombre que demanda algo en lo que merezca la pena creer.

Por eso mismo, no puede dejar de advertir la falacia institucionalizada y maniquea de la sociedad globalizada y mediática. Así, la maquinaria partidocrática impone que, si alguien opina de manera diferente en una única cuestión, automáticamente está en la vereda de enfrente. Del mismo modo, ante una sola declaración aprobatoria, de inmediato adscribe al votante en las filas propias, como si fuera un seguidor incondicional.

Se llega, de ese modo, a la exigencia de volverse epígonos —o, cuando menos, defensores incondicionales— de reconocidos corruptos para enfrentar a otros corruptos, en función de un algo intangible casi místico (una ideología, un equipo de fútbol, una corriente literaria), aun cuando se es consciente de que esos adalides básicamente buscan tan sólo un beneficio personal. O la de pedir que se aplauda como obra de arte a producciones mediocres, por el solo hecho de adoptar un sello, entre otros ejemplos.

El anarca, por supuesto, no deja de advertir esas imposturas. Es consciente de la futilidad de intentar modificar lo inevitable del devenir. Del mismo modo, está seguro de que lo trascendente resurge una y otra vez; de que lo que en verdad importa, aunque parezca haberse extinguido, renace (quizá modificado) en otro lado. En consecuencia, observa.

Para tratar de evitar dejar de ser él mismo, en realidad, una de las opciones más sencillas que tiene a su disposición es la de emboscarse.

Si no incendiaran los bosques —ésa sí es una cuestión importante—, acaso todo sería un poco más fácil.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 4. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4 y Gimp 2. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con PDF-Xchange Viewer y jPDF Tweak 1.1.

el motivo. ¿Acaso no quería saber el porqué de esta reunión? —Wanikkien termina su cerveza en un largo trago. Mira el casi vacío chop de Serpagli, y pide otra ronda—. Voy al baño. ¿Todo debe que tener un motivo racional? ¿Es tan así? Piénselo, por favor.

En efecto, Serpagli queda pensativo: ¿al final el polaco era puto o simplemente loco? Y a él lo había catalogado como estúpido, no le cabe duda.

Wanikkien se sienta. Levanta el chop, en un brindis, y grita *prost*.

—¿Y bien? ¿Pensó en lo que le dije?

—Y qué quiere que le diga. No hay mucho para pensar: atravesando por infinitos estadios, el hombre cree o no cree. Pero no le veo la relación. Y no soy avezado en estos menesteres.

—Puede que esté en lo cierto. Es que es un tema recurrente en mí, señor Serpagli.

Y Serpagli se acomodó en la banqueta. Y piensa: ¿Lobo, puto o extremista? Quizá sólo boludo. Con la suerte que tengo, me vino a agarrar justo a mí.

—Porque pronuncia Dios de esa manera despectiva. ¿Es recurrente hablar de Dios? —dijo.

—No, por el contrario.

Serpagli pidió la ronda esta vez. Los chops eran realmente grandes. La cerveza, fría, cada vez lo hacía sentirse mejor. Hasta no le importaba soltar un poco la lengua.

—Mire, hágamela corta —dijo—. Ando con problemas. No son graves, pero me ponen nervioso.

Y otra vez el lobo puto y extremista le sonrió en la cara. Una sonrisa mezcla de sarcasmo y misericordia, si eso fuese posible.

—Para serle sincero, mi tema recurrente son los Demonios. —Y Serpagli, cada vez más relajado por la cerveza, ahogó una risa—. Su risa, señor Serpagli, me demuestra que voy bien encaminado.

—¿Cómo sería eso?

—Han desaparecido los Demonios. Por lo menos a la vista de un simple mortal. Cualquier contratiempo, por más dramático que sea, y la ciencia es requerida. Su palabra reemplaza cualquier fe.

—La ciencia nos salvó del oscurantismo —dice Serpagli, y Wanikkien le sonríe franco y radiante—. ¿Qué? ¿Por qué se ríe?

—La ciencia, por suerte, es la mayor religión en el mundo de hoy. Espere, no me interrumpa, por favor. No deseo hablar de esta bendición cotidiana. Debe considerar que gracias a la aparición de la ciencia, se ha formado... ¿cómo decirlo? Se ha formado una brigada ciertamente especial.

—¿Brigada especial? —Serpagli torció la boca, incrédulo.

—Una que sabe cazar muy, pero muy bien.

—No entiendo: ¿qué demonios caza?

—Eso mismo que dijo usted. —Y Wanikkien lo apunta con el índice. Esta vez son sus ojos los que ríen.

—Yo sólo pregunté. Mire, no se me haga el complicado.

—Una brigada que sale a la caza de Demonios. Cuando son detectados.

—Bue, escuche...

—...Aunque por el momento sólo quiero hablar de mis queridos Demonios.

Y Serpagli se dice que qué más da, que hable lo que quiera. Él ya está

idea, recibe, algún problema? Él carraspea un insulto: *No me anda bien el celu*, mente, *si te podés comunicar, decile que el polaco me invitó unas cervezas*. Y la respuesta llega instantánea: *Ok*.

—Señor Serpagli. —La voz de Wanikkien a sus espaldas—. Está usted listo.

—Estoy listo. —Él sabe que el polaco no le preguntó, que fue una simple aseveración de autoridad. Una orden, puta madre—. Estoy listo y también estoy confundido.

—¿Confundido? —Y otra vez aquella sonrisa—. ¿Por qué confundido?

—Usted no me dirigió la palabra desde que llegó de Casa Central. No entiendo el sentido de semejante invitación.

Serpagli piensa si al final resulta que el tipo es puto. Lo único que le falta.

—Venga —dice Wanikkien—, vayamos saliendo. Mire... —Caminan a la par, en búsqueda del ascensor—. Usted es un excelente empleado. Me di cuenta tarde. Culpa mía.

Serpagli sabe que le mienten descaradamente. ¿Por qué le mentía el lobo puto?

Salen por Florida. Caminan hacia Leandro N. Alem.

—Me gusta Buenos Aires. —Wanikkien señala para el lado del bajo—. Por ahí hay un buen *Kneipe*. Cerveza bien tirada.

Cruzan Llavalle, doblan por Tucumán. Serpagli descubre un pequeño bar, con fachada negra. En letras góticas lee *SoHabenSie*. ¿Qué idioma será ese?

Wanikkien le abre la puerta, y con la mano libre lo invita a pasar.

Adentro, una atmósfera recargada de adornos y botellas lo inquieta. Tanto paredes como techo están pintados de negro. ¿Gótico? Piensa Serpagli. Se sientan en una alta mesa redonda, con dos taburetes. Cada uno elige beber un enorme chop de cerveza rubia.

—Y bien, usted me dirá el motivo de esta invitación.

—¿Motivo? No hay ningún motivo, señor Serpagli. Mire, por preguntarle una *Dummheit*: ¿Usted cree en el tal dios?

—¿*Dummheit*?

—Es una palabra que significa... ¿cómo le dicen por acá? Ah, ya sé: huevada.

—Nos conoce al dedillo, señor Wanikkien.

—Este lobo lampiño estudió mucho, mucho, ¿sabe? Pero no contestó mi pregunta.

¿Wanikkien se llama a sí mismo tal como él lo llama en su propia intimidad? Serpagli se paraliza. Apenas atina a responder.

—Este... No sé, no entiendo. —Se seca la frente con el pañuelo—. Da calor la cerveza. ¿Qué es lo que me preguntó?

—Nada. Déjelo. No tiene importancia.

—No, no, espere, lo digo en serio. No es falta de respeto. Repítame la pregunta, por favor.

—Como usted hablaba de “motivo”, señor Serpagli, a mí se me ocurrió preguntarle si cree en dios.

—Ah, ahora recuerdo. ¿A qué viene esa pregunta? No creo que la empresa...

—...la empresa nada tiene que ver. Con cualquiera de las dos respuestas, “sí” o “no”, yo le hubiera preguntado

Corría 2067, año turbulento por todos los cambios sociopolíticos acaecidos en el mundo globalizado. Una de las características más importantes fue, sin duda, la drástica alteración en la pirámide demográfica, que había sufrido una total inversión. En la mayoría de las naciones era superior en número la porción de población de la tercera edad, en comparación con la cifra total de jóvenes; por tanto, la industria de bienes y servicios se volcó hacia estas personas, para solventar sus necesidades y expectativas. La nostalgia se convirtió en industria y comenzaron a diversificarse las maneras de recobrar vistas, sonidos, olores y texturas ya pasadas. Por ejemplo, en mi caso, aún recuerdo con melancolía el sonido familiar de la conexión telefónica a Internet. Ese tañido electrónico que se extendía por algunos segundos, el cual —en comparación con la instantaneidad actual— parecía un tiempo eterno, representaba en mi lejana

infancia el acceso al despojo de la inocencia.

Una de las mayores novedades fue la aparición de los “reforzadores de sentidos”, útiles chips que con una sencilla instalación, realizada por un cirujano-ingeniero en operación ambulatoria, permitía una optimización e incluso ampliación de las capacidades de los cinco sentidos primarios. Había hasta una oferta especial para quien deseara solicitar un paquete de los cinco, por un precio considerable pero justo. Sin embargo, a mi amigo Fabio Martínez sólo le interesaba un sentido que por lo general los demás rechazaban: el olfato. De esta manera, con el dinero ahorrado en una vida de trabajo, y despojándose de su habitual timidez y prudencia, Fabio concertó la cita en el centro biónico de salud, en donde, luego de un breve examen físico y una entrevista con un psicoanalista, se le dio vía libre a la cirugía electrónica. Fueron cincuenta minutos; Fabio salió

con una pequeña incisión en la nuca y un vendaje especial en la nariz, compuesto por varias capas que debía desprender cada cierto tiempo. De esa manera comenzó a redescubrir el mundo que lo rodeaba y a iniciar la búsqueda de un viejo recuerdo ya olvidado. Pasadas cinco semanas y sin vendas, decidió ir al lugar donde esperaba recobrar su recuerdo perdido, el Museo Metropolitano de Aromas, que se había convertido en un sitio muy popular.

Le sorprendió encontrar una Bogotá tan diferente de la que él imaginaba en cuanto a fragancias o, mejor, la ausencia de ellas. Durante los últimos años había percibido los cambios evidentes en las formas, en lo superficial, pero en estos primeros momentos, con su nueva nariz, tuvo que admitir que la esencia de las cosas, lo que les otorga carácter, se manifiesta en su olor. En su niñez aprendió a reconocer en las mañanas la inconfundible huella del pan tibio proveniente de las esquinas, en donde normalmente se encontraba establecida una panadería. En cambio, ahora se encontraba con un espacio sospechosa e inhumanamente inodoro.

En el museo recorrió todas las salas, en donde al lado de una reproducción virtual de situaciones pasadas y superadas se encontraba una pequeña careta con el aroma que reflejaba la escena descrita. Por ejemplo, había una representación en la pantalla de ciertas flores desaparecidas y en la mascarilla podía

respirarse el olor artificialmente creado de una orquídea (con más precisión, una *Cattleya trianae*). No sabía con exactitud el aroma que buscaba, pero creía que era importante, así que simplemente decidió probar en todos los sitios. Después de dos horas de búsqueda, y de sentir que su nariz estaba algo resentida y saturada por la mezcla indiscriminada de tantos y variados olores, pareció sumergirse en uno de los cubículos. Lo había encontrado; estuvo durante varios minutos concentrado en su olfato, deleitándose con aquel humor que le traía a la memoria tan gratos momentos. Abrió los ojos y vio la representación al frente; un cartel en el cual se leía, en un tipo de letra gracioso y despreocupado, el nombre de un perfume juvenil femenino. El mismo que aspiró alguna vez en un cuello adolescente, perteneciente a su primera y única novia, durante el baile de graduación de colegio.

Con su mano borró el asomo de una lágrima que trataba de salir. Estaba melancólico pero satisfecho. Había recuperado parte de su memoria desintegrada por la anosmia —es decir, la pérdida del olfato—, por efecto de aquel absurdo accidente químico que también lo había dejado estéril, marcando su vida, convirtiéndolo en un solitario ser, casi misántropo. Luego de la última inspiración, suspiró y procedió a salir del museo.

© DIXON ACOSTA, 2015.

DIXON ACOSTA
(Colombia —Medellín—)

Colabora en **Cosmocápsula**, la primera revista colombiana en su género, y administra "Líneas de Arena" (<http://blogs.elespectador.com/lineas-de-arena/>).

a esta presencia, a esta... No sabe definir el sentimiento que desencadenó semejante odio.

A Serpagli le parece que solo él odia a Wanikkien. Por suerte es el último día. Ni una noche más pensando que al otro día tiene que aguantar esa cara que a él se le antoja de viejo lobo lampiño. Hoy es el último día de la inspección, así que ni una noche más pensando en él.

Y con esa palabra, "noche", le respaldó el recuerdo de que no se acuerda. Y Estelita no responde. ¿Y por qué Serpagli tuvo que casarse con una pendeja? Y sí, al final tenía que haberle hecho caso a Marta.

—Mi hermana siempre me aconsejó bien —dice mientras vuelve a ver el celular—. Puede ser tu hija, Domingo —imita la entonación de Marta—. Al principio va a ser fantástico, pero después de que te la garches bien garchada, ella va a querer más. ¿Y vos qué vas a darle? Te va a dejar los huevos al plato, Domingo. Ya vas a ver. —Quiere dejar de pensar en Marta y sus advertencias. Cierra bien fuerte los ojos—. No sé por qué no le hice caso. —Vuelve a mirar el celular—. ¡La concha de tu hermana, Estelita, contestame de una vez!

Quiere levantarse para ir al baño pero ve o cree ver unas manos firmemente apoyadas sobre el borde del escritorio, justo en la periferia de su visión.

Se da vuelta: las manos son blancas, blanquísimas, y la cruzan venas de un profundo azul negro.

Serpagli levanta la cabeza. Wanikkien lo mira. El lobo esboza una sonrisa, acaso de extraña misericordia.

—Señor Serpagli —le dice—, es menester que hablemos.

—Usted dirá qué necesita.

—No aquí. —Levanta las manos en un gesto ampuloso, abarcando la oficina. Seguro que busca palabras correctas, exactas—. No ahora. A la salida está bien. Yo invito *bier*.

Se marcha caminando firme, la espalda recta. Cruza la oficina y desaparece por la puerta de gerencia.

Más frío que la cerveza con que lo han invitado, Serpagli no reacciona.

—¿Y a este qué bicho le picó? —dice—. No sé de qué querrá hablarme, si no me pasó bola en toda la semana.

Piensa y piensa. Quizá se dio cuenta del asunto del odio. Y eso que él se cuidó de esconderlo, de contárselo a alguien. No, no puede ser. Pero qué, si no.

Envía otro mensaje a Estelita. ¿Se habrá caído la señal? Imposible tanto tiempo sin señal.

Se atrasa el trabajo: Serpagli debe entrar en el dominio de la empresa y contestar los correos de clientes y proveedores. La sumisión ante la guita, piensa, y putea por lo bajo.

Ve que algunos de esos mensajes fueron enviados a las 21, 22 o 23 horas. ¿Dónde estaba él y qué hacía mientras tanto? Un misterio absoluto. Se esfuerza tanto en recordar que el corazón se le acelera.

Se levanta para ir, esta vez sin interrupciones, al baño.

Cuando sale, va por un vaso de agua. Hoy no tomará café.

Mira su escritorio: debe concentrarse en su tarea.

Es hora de salida. Serpagli wasapea a Marta. *Sabés algo de Estelita? Ni*

AFTER OFFICE

RICARDO GIORNO

Desde la oscuridad más oscura, Juan Domingo Serpagli abre los ojos. Se da cuenta de que está en el trabajo, sentado al escritorio de siempre. Su último recuerdo es que salía de la oficina, al final de la jornada, y tomaba el ascensor. Abajo, y antes de trasponer la puerta de calle, había visto al albino de Wanikkien baboseándose con la recepcionista, y Serpagli sintió como si lo golpearan en el pecho, y cerró los ojos. Cerró bien fuerte los ojos, revuelto y asqueado. Esto es lo último que recuerda. ¿Qué hora sería? Y, las 17:30, seguro.

Ahora, la pantalla de la computadora le indica que son las 9:15 del viernes 28 de mayo. Parpadea, incómodo: ¿y la noche del jueves? ¿Y el despertar más cansado que cuando se acuesta? ¿Y el amortajado viaje en tren? No entiende cómo no recuerda la noche anterior, el consiguiente desayuno, el cacareo constante de Estelita.

Encima parece recién bañado, afeitado, con ropa limpia. Y oliendo a floripondio.

Wasapea a Estelita preguntándole cualquier tontería, como para ver si, con alguna de las boludeces que ella siempre le escribe, él se acuerda de qué pasó.

Guarda el celular en el bolsillo del pantalón, y se queda mirando la compu, con la mente en blanco.

Estelita no responde. Es raro, ella está a toda hora con el telefonito a mano.

Levanta los ojos: ahí aparece Wanikkien en la oficina. El odio hacia ese albino de orejas puntiagudas le hace olvidar la noche perdida. Jamás en su vida odió a nadie como a aquel tipo. Fue odio a primera vista. ¿Hace una semana que se pavonea por la oficina? Hoy es viernes, así que sí, justo se cumple la semana. ¿Por qué la multinacional no envió a la misma alemana de siempre? La cara de vinagre de aquella bruja es mil veces preferible

EXPRESO MOKSA

CARLOS SUCHOWOLSKI

Ocuparon una lúgubre sala de espera de la estación de Agra; una sala de espera de segunda clase acorde con la categoría de los billetes incluidos en el paquete turístico que habían contratado, pero, también, la reservada a las mujeres y a los niños —como descubrirían más tarde—, porque, seguramente, unos occidentales como ellos no habrían podido comprender por qué debían permanecer separados. Los bultos y maletas fueron agrupadas al fondo y los que cupieron se sentaron en hilera, a lo largo de la fila de sillas de plástico ligadas las unas a las otras que se alineaban contra la pared. Los demás se acomodaron sobre sus propias maletas o se acucillaron a la manera de los nativos, evitando sentarse directamente en el suelo, aunque no aguantarían así más de unos minutos y se pondrían a pasear o a permanecer apoyados en el marco de la puerta.

Allí debían esperar el tren que los habría de conducir a Varanasi.

La escasa y gelatinosa luz natural agonizaba en los andenes, desde donde reptaba hasta las primeras baldosas de la sala para entrechocar, como si fuesen dos líquidos aceitosos de diversa densidad a los que les costara mezclarse, con la ondulante, amarillenta y mortecina luz artificial que se desplomaba desde los techos notablemente altos. Eso cuando no había trenes ocupando las vías con el correspondiente ajeteo de viajeros a su alrededor, que pasaban de repente como sombras, ya que lo contrario provocaba que sus ojos se sumieran en la penumbra más allá de la entrada, como si los trenes se tragasen aquel aceite luminoso con la intención de alimentarse con él o llevárselo consigo. Ello hacía aún más notable la sensación de extrañeza que comenzaron a experimentar al dejar el hotel

y subir somnolientos al autobús que los estaba esperando fuera, mientras tendían a poner en duda si estaba por amanecer como les parecía haber escuchado o había caído ya el atardecer... Precisamente, durante el trayecto en autobús y el recorrido posterior a pie, con las maletas a rastras, esta vez para cubrir los casi doscientos metros que restaban hasta la estación desde la calle hasta donde el autobús había podido detenerse, se les hizo cada vez más difícil determinar dónde se hallaba el sol ni hacia dónde iba, así como tampoco a qué velocidad cruzaba el cielo... si es que eso aún sucedía. La luminosidad del día se disipaba en todas direcciones de manera uniforme, como si proviniera, antes que del cielo, del propio seno de la neblina, dando lugar a una fosforescencia difusa que incendiaba levemente el aire húmedo gracias a una suerte de partículas en suspensión que al parecer la constituían. Asustaba pensar que la idiosincrasia ondulatoria de la luz (el yo del doctor Jekyll) hubiese sido definitivamente derrotada por su otro yo corpuscular (el yo de *mister Hyde*). Esa neblina, con sus repentinas bocanadas en las bocacalles, formando halos alrededor de los nativos con los que se cruzaban (y que ya se movían como hologramas a un tiempo lentamente pero como si fueran parte de una proyección de la que se habían extraído fotogramas intermedios) e invadiendo las casas por sus puertas abiertas, los sobrecogió, pero sólo para instarlos a apurar el paso y empujarlos más allá de la boca del lobo. Y mientras subían las espaciosas y

altísimas escaleras para pasar del otro lado de las vías, notaron cómo todo se hacía cada vez más oscuro... La posibilidad de que aquel pálido y velado sol que durante los últimos días había seguido con extraordinaria mansedumbre sus evoluciones turísticas y fotográficas hubiese sufrido una suerte de secuestro del que ellos estaban siendo víctimas colaterales o de que estaban siendo expulsados del día, del mundo, de la realidad, comenzó a encoger sus atribulados corazones.

Todavía recordaban haber sido obligados a despertar antes del alba y a despachar el desayuno a toda prisa... "por las dudas", según había dicho Askscharma, el guía, para justificar el madrugón, "para no perder el tren"... Algo que para empezar les resultó completamente incomprendible, al menos para su mentalidad occidental, habida cuenta de que el tren, según habían entendido, estaba programado para salir al atardecer con el objeto de cruzar la mitad oriental del país durante la noche. Insistieron con notable malhumor. "Los trenes podían tanto retrasarse como adelantarse", fue la respuesta que les dio el guía con increíble naturalidad; eso fue todo lo que pudieron arrancarle, quedándose sin una explicación convincente para la inaudita pérdida de un día entero de turismo que ello conllevaba, al que había que sumar el fastidioso desayuno, que hubo que despachar a toda prisa. Pero, al escuchar sus protestas, una mujer que desayunaba en una mesa próxima a la que ocupaba el grupo y repetía el viaje, en esta ocasión

Tiempos de cambio y camino, de perseguir aromas y estíos, de arrojar por el mero placer de disfrutar el aire helado en las mejillas, de buscar hojas doradas...

Pero luego aparecieron los propietarios. Como una enfermedad, se negaban a desocupar y partir. Un grupo que despreciaba a los estacionales. Se apropiaron de las casas y nos obligaron a permanecer en ellas, día tras día, estación tras estación, año tras año, pagándonos generosas contribuciones...

Los propietarios, en cambio, se arrogaron el derecho supremo del tránsito perpetuo. Ellos, sólo ellos, podían y pueden perseguir nieves y soles, instalarse en floraciones y en amarillos bosques y luego, elegir otro paisaje, otra estación, ser libres. Hemos construido para ellos, al lado de nuestras humildes viviendas, enormes palacios que debemos mantener y atenderlos cuando se alojan en ellos.

Así fue como empezamos a padecer frío los veranienses y calor los inverneros, alergias los otoñiles y tristezas opacas los primaveringios, a ponerse mustios los lluviosos y humedecerse los desérticos. No supimos enfrentarlos.

¡Qué triste es la vida en este planeta desde entonces! Anclados en nuestras cajas con ventanas y

puertas e imposibilitados de viajar tras el clima, nos hemos visto obligados a destruir para intentar adaptarnos... O, mejor dicho, para hacer que las estaciones se parezcan a nuestro gusto y necesidad, modificamos la naturaleza que nos rodea. Y la naturaleza, pobrecita ella, no ha podido resistir tamaña intervención sin graves consecuencias.

Nosotros, ya no migramos.

Nosotros, cobardes...

Nosotros, hemos perdido el contacto con los otros, los diferentes... Los vemos en imágenes, en pantallas tridimensionales. Nunca nos cruzamos. Nos hemos convertido en extraños y hasta los vemos como enemigos, porque ocupan nuestras antiguas amadas estaciones. El deseo del camino, sin embargo, continúa y duele. Supura como una herida infectada que no sabemos sanar.

Espero, señores del cosmos, haber sido explicativo y que esto les haya permitido entender por qué la Tierra está tan devastada. No se queden, por favor, no permanezcan, sigan viajando... Aquí corren el riesgo de ser atrapados para siempre por los propietarios y podrán en peligro a sus propios planetas.

© NANIM REKACZ, 2013.

NANIM REKACZ

(Argentina —Carmen de Patagones, Buenos Aires, 1963—)

Escritora y fotógrafa, en **NM** publicó "Quien cree, crea" (# 17), "La sentencia" (# 21), "El renegado" (# 24), "Matar formaba parte de la naturaleza de Laura" (# 31) y "Ropajes" (# 33).

CARTA ABIERTA A LOS VIAJEROS DEL COSMOS

NANIM REKACZ

En aquellos tiempos muy muy lejanos migrábamos con las estaciones, cada grupo tenía su favorita y la seguía a lo largo y a lo ancho del planeta: los veranienses, los otoñiles, los inverneros, los primaveringios, los lluviosos, los desérticos. Por supuesto, eso nos obligaba a mudarnos de manera periódica, porque todos los habitantes de la tierra íbamos ocupando y desocupando las tierras y las viviendas. Normalmente nunca nos cruzábamos con los grupos de las otras estaciones. Había cierto pacto tácito de no interferencia y un gran respeto por los diferentes. Los amantes del sol no cuestionaban a los adoradores del hielo, los fanáticos de las flores y el polen no eran despreciados por los admiradores de las hojas secas y el viento. Y viceversa.

Pero, más a propósito que sin intención, algunas familias cada tanto se

demoraban y los que arribaban se encontraban la casa aún con gente. Y esa noche, había fiesta. A la tarde del día siguiente, los atrasados partían y los recién llegados, se instalaban. De esa forma, los más pequeños teníamos oportunidad de conocer a “los otros” y cuando íbamos creciendo, podíamos ir definiendo si deseábamos seguir con nuestro grupo de origen o cambiábamos a otra estación. Entiendan que al estar migrando de forma permanente era imposible conocer las distintas estaciones climáticas, salvo por los relatos que se daban durante esas mágicas noches de celebración. Veladas en las que, además, solía nacer algún amor que nos forzaba, de manera prematura, a elegir continuar con nuestro grupo de origen o sumarnos a otro. O alguien se nos agregaba...

Aquellos sí que eran buenos tiempos.

con su hija y su hermana, se atrevió a contarles una anécdota que los dejó, una vez más, perplejos y gracias a la cual aceptaron, una vez más, que las cosas allí podían resultarles extrañas debido a su irremediable incapacidad, posiblemente superable con el tiempo, tal vez si se esforzaban, tal vez si empezaban por aceptarlas con resignación.

Una vez, les dijo la turista reincidente, en el primer viaje que no había hecho como ahora por su cuenta, ella y su grupo dejaban el hotel en el autobús de la agencia con rumbo al aeropuerto y en la misma salida hacia la calle se abrió de repente un socavón enorme en el pavimento donde uno de los pares de ruedas traseras del vehículo quedaron del todo metidas, atrapadas... “¡Horas estuvimos esperando que llegara uno de reemplazo, y si no perdimos el avión fue porque el guía nos había puesto en marcha con bastante tiempo de sobra!”. Había sucedido hacía diez años, pero las cosas allí casi no habían cambiado. “Bueno...”, añadió, “en la estación, lo pueden ver, hay bastantes menos ratas que entonces, cuando corrían por el andén por centenares, pasaban entre los pies y las maletas, y yo sentí que me mareaba y creí que caería en cualquier momento desmayada..., imaginándome que no podían vadearme y me pasaban por encima...”.

En fin, podían quejarse o reír de las que para ellos no eran sino absurdidades, pensando, suponiendo o ignorando que los nativos no hacían sino lo que ellos, esto es, apelar a la sabiduría autóctona, mamada e

inculcada, cada vez que necesitaban hacer alguna previsión. Pero... ¿y si la influencia occidental no sólo había inundado ese mundo, directa o indirectamente, de plásticos y combustibles hasta integrarlo al modo en que se integra un patio trasero para convertirlo en basurero, sino que había hecho nacer allí, inevitablemente, una conducta displicente y en cualquier caso infructuosa para combatir ese proceso con alguna perspectiva, una perspectiva que no fuera tanto o más horrorosa y doliente? ¿Y si fuesen a fin de cuenta ellos los culpables de aquella megalómana proliferación de basura que parecía crecer más rápido de lo que podía, si acaso, recogerse o de la capacidad de los estómagos de las vacas y los demás animales sueltos? ¿Y si, además, la integración había contaminado a los nativos con la mala conciencia occidental que todo aquello alimentaba, pero convertida ya en vergüenza manifiesta, ya en resentimiento subterráneo y contenido, a instancias de la natural astucia callejera de los débiles; vergüenza ante los amos por no lograr alcanzarlos (...y no tener aún su propio patio trasero), resentimiento al servicio de fines imprecisos pero muy dignos de sospecha... y de culpabilidad? Cabía pues pensar que les hablaba honesta y sabiamente, y que sus consejos eran bienintencionados; pero también que, por el contrario, podía estar o bien burlándose de ellos o encubriendo con exageraciones rocambolescas, ¡incluso a costa de indisponer a los clientes!, la vergüenza que sentía ante lo imprevisible que su país no podía

dejar de ser. ¿Era, pues, un vulgar renegado o era fiel a su mundo?, se preguntaba una y otra vez Castelo, dando otra capa de lustre a sus temores, consciente de que en ningún caso, mediante ninguna actuación, ninguno de ellos, conseguiría ser amistosamente visto. El peligro estaba tan sólo unos escalones más abajo, bajo unas u otras capas de camuflaje y contención, que el que tendrían un grupo de exploradores internándose por primera vez en territorio caníbal.

La noche en la que aterrizaron se sumergieron de cabeza en aquel mundo incierto; aunque las circunstancias del momento los obligaron a dar prioridad al instinto de supervivencia en detrimento de la curiosidad propia del papel que habían venido a desempeñar y que los detalles con los que se topaban sin cesar movilizaban. Y es que, tras lograr reunirse todos alrededor de la guía nativa que los debía llevar hasta el hotel en el ya de por sí atestado vestíbulo del aeropuerto, donde fueron contados minuciosamente para comprobar que estaban todos, los dieciséis, como decían los papeles, debieron salir tras ella a toda prisa (guía de pies ligeros) con rumbo a los autobuses que tenían asignados y que, lógicamente (en el sentido de las leyes del país) se habían situado donde y como habían podido, seguramente según fueron llegando, obligados pues a serpentear en fila india, uno tras otro, siendo el que iba delante un desconocido al que no habrían de conocer hasta bien adentrados en la aventura, con las maletas a rastras sobre char-

cos, bloques de piedra abandonados, agujeros en el suelo llenos de barro y demás irregularidades, en esa explanada indefinida, apenas iluminada por el fulgor que escapaba de los mil ojos del edificio de la terminal —recordaban eso claramente—, en todo caso por la luna y quizá también —no podían precisarlo— por los faros o las luces interiores de los diversos vehículos, coches, *tuk-tuks*, camionetas, autobuses grandes y medianos que estuvieran encendidas... vehículos que se cruzaban como mejor habrían podido acomodarse, en orden de llegada, hasta ocupar los huecos libres, extremadamente juntos los unos a los otros, así como a través de los incontables nativos que se hallaban allí como si se hubiesen congregado para asistir a una extraordinaria lluvia de meteoritos o a un festival de fuegos artificiales y no con el fin de recibir o recoger, despedir o dejar a los viajeros... ofreciendo sus servicios a todos los que iban por su cuenta o a los despistados que pudieran pescar. No podían, ciertamente, precisarlo, y aún menos recordarlo con detalle, porque el temor a extraviarse los obligaba a concentrar la vista en la espalda del compañero que los precedía a una velocidad que se veían obligados a imitar (tal vez provocada por la guía y no por el temor de los primeros a ser canibalizados allí mismo, en los rincones oscuros que había entre los vehículos aparcados o debajo...); preocupados cada uno por no perder de vista esa espalda, ese peinado, ese color de pelo, el de la camiseta o la mochila, esa maleta que de vez en cuando

El comandante levantó la ceja de nuevo. Juan se preguntó si seguramente el maldito querría mucho a los hijos que apenas ve y trata como subordinados; ni hablar de la mujer que lo gorrea con el abogado del piso de arriba... Bueno, bien por él, que siga en su burbuja de adulaciones serviles de los idiotas esperando que se retire.

Cada idiota es un universo en sí mismo.

—Ya ve que mi vida es una mierda cansada y vacía. ¿Le cabe alguna duda?

El comandante continuaba impasible, el de la izquierda se sobaba de

nuevo el cuello, el de la derecha ya no sonreía.

Esta vez fue Juan quien se acomodó, dejó la taza y levantó una ceja.

—Así que, realmente, comandante, sabiendo todo eso, ¿me va a seguir preguntando si es verdad cuando digo que, al despertar en una camilla en una nave espacial extraterrestre, rodeado de hombrecitos grises que me miraban con sus grandes ojos negros... simplemente los mande a la mierda, me di media vuelta y seguí durmiendo?

© CARLOS PÁEZ S., 2012.



CARLOS PÁEZ S.
(Chile —Viña del Mar, 1978—)

Ecléctico administrador de ciberbitácoras, colaboró en medios de CF como **Axxón**, **Chile del Terror**, **Planetas Prohibidos** y **Tauzero.org**. En **NM** publicó "Dana" (# 26), "Hijos sin nombre" (# 30), "El Errante" (# 33) y "Sujeto 43, hombre lento" (# 35).

lengua compartiendo una chela después de la ocasional pichanga del domingo, le habían dado cierta perspectiva. Así que simplemente siguió hablando, arrastrando las palabras, con un tono suave, de reproche y algo de vergüenza, buscando la forma de salir del grave problema en el que inocentemente se había metido.

—Me levanto a las 5 a.m. cada día, viajo dos horas en tres micros hediondas, luchando para no dormirme y despertar sin billetera en Curacaví, trabajo más de doce horas en una compañía que funciona pésimo, vendiendo porquerías que nadie conoce y que no sirven para nada, con un jefe ignorante que me grita todo el día y me culpa de cada cagada que queda, usted entiende, el que sabe, sabe y el que no es gerente...

La ceja levantada del comandante le dijo que la broma no había sido adecuada; por un milisegundo se preguntó “con qué ropa se creía gerente el milico”, pero pronto desechó ese pensamiento.

—Tengo que lidiar con algunos de los clientes más imbéciles que existen, con exigencias ridículas y siempre dispuestos a pelear y rebajarme a la menor oportunidad, a veces creo que el muchacho del “Mac DOWELS”, con acné y gorro de idiota, recibe más respeto que yo.

Tomó otro trago de café frío, se despejó una vez más el cabello y volvió a ver al comandante a los ojos, sin desafío, sino con simple cansancio.

—Rara vez almuerzo y, cuando lo hago, es un *tupperware* de fideos con salsa con poca sal y demasiado

orégano, sentado en un banco de madera incómodo en una cocina he-lada junto a los baños de la oficina... si tengo suerte, si no, un zapallo italiano relleno, sin relleno, con un poco de arroz mazamorra. Quince años y la *weona* de mi mujer aun no aprende a hacer un arroz graneado decente, ni hablar de un queque; esas *weas* ya no se las enseñan.

El café le parecía más insípido a cada sorbo; podía sentir la burla sorda del infante a su derecha. Claro, como si con esa cara de bruto fuera a tener una mujer esperándolo afuera del regimiento con una cena decente. El de la izquierda aun se sobaba el cuello. Quizá él le preparaba la cena al otro; hoy en día, nada sorprende.

—Y ésa es la parte buena del día; en la noche tomo otro bus atestado y hediondo por otras dos horas, camino seis cuadras donde ya me han asaltado cuatro veces este año, casi me violan el año pasado...

Aún le dolía algo la pequeña herida de la sonda entre las costillas de la noche anterior, pero prefería no pensar en ello; lo que prefiriera, por supuesto, no le había importado al comandante ése.

—Llego a dormir de allegado a la casa de una suegra que odio, y la vieja lo sabe, a hacerle el quite a un maldito *poodle* maricón que se calienta con mi pantalón, a compartir un camarote con una mujer del doble del tamaño de con la que me casé, que me desprecia en público y no me toca hace años, a arropar a un hijo que no quería y aún tengo dudas que sea mío...

se atascaba o contra la que se tropezaba y a veces desaparecía sembrando la desesperación, lo que sabían apenas de ese otro en muchos casos, dado que el grupo aún era un pelotón de grupos menores o parejas desconocidos entre sí; cada uno marchando a toda prisa y sin tomar en cuenta sino su propia referencia: su espalda, su pelo, su camiseta o, en todo caso, la figura de la guía, quienes la tuvieran al alcance de la vista, o fueran lo bastante altos y atentos, o hubieran adivinado su rumbo, fieles in extremis al sálvese el que pueda (y a lo sumo a su familia o pareja, si la tenían), dispuestos sobre todo a no perderse y a correr el riesgo de desaparecer para siempre con un destino incierto que parecía iluminarse en las miradas inquisitivas o sarcásticas, incluso insolentes, que alcanzaban a recibir de soslayo y a las que les atribuían apellidos maliciosos que los empujaban a apretar el paso y pasar a la carrera, a tirar de sus maletas cuando se atascaban con obstáculos de piedra o de carne y hueso, a empujar al que se rezagaba, y pasar raudamente de largo, sin saber si no se habían pasado ni cuándo ni dónde debían detenerse, dominados por el miedo a ese mundo que parecía dispuesto a devorarlos crudos.

Cabía también suponer que todo aquello era un inmenso montaje al estilo de un Las Vegas sin recursos, puesto en escena con la intención de dejar adrede un recuerdo imborrable en los turistas, onírico o lisa y llanamente mágico, el primer acto de una extensa puesta en escena propia de Bollywood que para el grupo

habría de durar tan sólo dos semanas, aunque allí rodase en sesión continua, de manera permanente y reiterada. Un montaje que también podía corresponder al de una ópera de Verdi contemplada esta vez desde las bambalinas, viendo y oyendo salir y entrar pomposamente los estruendosos coros, las carrozas y carruajes y a todo tipo de seres, enanos, gigantes, sobre zancos y otros artilugios, regidos por un guión vertiginoso que entremezclaba parlamentos grandilocuentes asistidos por los instrumentos, los timbales, los platillos, las trompetas. Una puesta en escena en cualquier caso miserable, producida con el concurso de una ingente masa de voluntarios en calidad de extras, a los que se hubiese ofrecido tan sólo un refrigerio, montada sin necesidad de permiso en uno de las tantas instalaciones de aquel basurero planetario que, no obstante, no parecía reclamar compasión alguna ni vergüenza, como no fuera para sacar partido de la representación, de cada parlamento incomprensible, de cada mueca y cada gesto intrigante, como se demostraría de manera creciente durante los días sucesivos. Y costaba tanto comprender que allí siguiera habiendo vida como admitirla en las regiones abisales, oscuras y sulfurosas, donde estaba sometida a presiones y necesidades asombrosas o en planetas de atmósferas hostiles para los humanos.

En los días que siguieron, el galimatías se fue tornando más y más desconcertante, a la vez que todo se acababa aceptando “tal y como era” (como sucedería con el forzado

madrugón y su confusa marcha hacia la noche), al punto en que la extrañeza se daba muchas veces y en cierto modo la vuelta, entroncando con la culpabilidad y la mala conciencia que ya llevaban dentro. Y por momentos, llegaron a ver a esas gentes como a los únicos y definitivos habitantes del planeta, y sus rostros, atavíos, conductas y referencias no sólo se volvieron familiares sino auténticos merecedores de ser considerados humanos a expensas de la propia idiosincrasia; una idiosincrasia ciertamente débil e inservible en ese mundo hasta para cruzar las calles evitando lisiarse por culpa de una zanja, o contraer una gangrena, o enfermar a causa de un charco pestilente, o ser mordido, picado, salpicado, escupido, latigado en plena cara por un rabo ignorante, rozado al punto de provocar suspicacias en más de alguno con supuestos diversos, quién sabe...

En efecto, ¿por qué no? ¿Por qué no podía ser ése... así... el mundo verdadero y Dios un elefante? ¿Por qué no sería ésa la manera de vivir y ése el mundo donde debía hacerlo el hombre? ¿Ésa... ése...?, donde los riesgos parecían ignorarse o estar exentos por obra y gracia de algún dios menor, se preguntaban, no del todo conscientemente, mientras atravesaban caminos vadeados de toneladas de basura (de la que también se sentían responsables a la vista de la abundante parte familiar de su composición) y se sumergían en un océano proceloso y tóxico de gente en un número como nunca antes habían imaginado que iban y venían en masa a todo el ancho de las calles, entre

todo lo demás que por ellas circulaba, un océano de humo que parecía bullir al son de las bocinas y al roncar de las blasfemias que protestaban por los empujones o las indecisiones que retardaban el tráfico a través de los ojos de aguja por los que pasaban hasta los camellos y otros animales, y un sinfín de vehículos ilustrados de todo tipo y tamaño, autobuses de línea atiborrados hasta el techo y sin aire artificial para nadie ni dobles atmósferas como la del que los llevaba a ellos, donde una mampara se paraba la atmósfera para turistas de la que se merecía el conductor y su ayudante y que era la única, por lo visto, que contemplaba su salario, y *tuk-tuks* diabólicos y zigzagueantes en los que varias veces arriesgarían la integridad de sus huesos, aferrados a las barras que servían para asegurar las lonas del techo para no salir despedidos hacia alguno de los lados abiertos; y esos carros de dos ruedas tirados por camellos despectivos, que pasaban raudos con su carga de fardos voluminosos desbordando por los cuatro lados, o también por bueyes que parecían ciegos, conducidos por conductores que también lo parecían, empecinados ambos en no dejar la línea recta aunque tuvieran que pasar sobre todo lo que no se encontrase por encima de los veinte centímetros del suelo, un montículo, un bulto, un cuerpo... Y elefantes, a veces elefantes...

¿Ése... ésa...? Esa humanidad, sí, que se concentraba durante horas en las esquinas, bajo unos toldos harapientos, sin razón aparente (porque no todo ese trajín debía estar

ABDUCCIÓN A LA CHILENA

CARLOS PÁEZ S.

Se acomodó en la silla por enésima vez; ya estaba entrando en la sexta hora de interrogatorio, tenía la boca seca, un ojo palpitante, un molesto olor a sudor rancio y las marcas indelebles de la incómoda silla en el trasero.

Básicamente estaba cagado de miedo: tal vez fuera estrés postraumático o simplemente que tanta película de la dictadura ya predisponía a cualquiera a sentirse jodido frente a tanto milico inquisidor, pero eso no quitaba que estuviera también incubando una saludable ira reprimida. Claro, de ahí a que la expresara había un gran abismo; hasta en eso era un chileno promedio.

El infante de marina a su izquierda, con la tensión pintada en el rostro, se acomodó el cuello con un sonoro crujido, lo que por supuesto le produjo un nuevo sobresalto a Juan; era un tipo joven, con aire de sureño, y probablemente se sentía tan desconcertado como él con la situación.

El de la derecha, de rostro más tosco y apreciable tamaño, tenía mejor actitud; simplemente lo entretenía su sufrimiento, lo cual no dejaba de ser, posiblemente, un patético mecanismo de defensa psicológico, no encomiable pero adecuado, aunque también había muchas posibilidades de que básicamente fuera un idiota.

El comandante, en cambio, sentado frente a él, impasiblemente enfundado en su uniforme gris, con capa incluida y lentes oscuros en el bolsillo —lo que ya le resultaba poco tranquilizador a Juan—, parecía absolutamente concentrado en romper sus supuestas defensas con un pequeño tufillo a manual fotocopiado de “Escuela de las Américas”.

Juan no solía tener demasiado tiempo como para instruirse en esos temas, pero un par de reportajes de Informe Especial y uno que otro vecino ex Mapu, con tendencia a soltar la

o pierde el control, el volcán que entra en erupción en alguna isla del Pacífico, una nueva incursión de Brainiac y, para rematar, su mamá con la conocida cantilena de por qué no la llama o visita con más frecuencia; a fin de cuentas, es más rápido que una bala. ¿No?

Casi con amor coloca el cañón del arma en su boca, suspira y aprieta el gatillo; la detonación suena como

una explosión nuclear en sus súper oídos.

Escupe la bala y vuelve a suspirar; gritos de auxilio a kilómetros de distancia llegan hasta él. Se levanta, guarda la pistola en el escritorio, se desanuda la corbata y, con resignación, se dirige al armario para sacar el uniforme y la capa.

© ARIEL C. DELGADO, 2015.



ARIEL CARLOS DELGADO
(Colombia —Bogotá, 1971—)

Abogado, también realizó estudios de cine y televisión. Colaboró en los sitios web "Letralia. Tierra de letras" y "YoEscribo.com", en la ciberbitácora "El país de las historias", y en la revista digital **miNatura**.

Adora los gatos, los cómics y el cine.

Obtuvo menciones de honor en el Concurso Internacional de Relato Breve Alfred Hitchcock, por el cuento "Distancia paralela", y en el Concurso Internacional de Poesía y Cuento Windmills Edition 2009, por el cuento "Embrión final".

Un tema recurrente en sus historias es la soledad e indefensión del ser humano ante el destino.

En **NM** 23 publicó "El otro lado".

vinculado a la crucial realización de unas comisiones al servicio de los negocios del padre, del tío, del primo, del cuñado, del amigo...), cuyos especímenes entraban y salían de templos abarrotados, descalzos aun en medio de un ejército de ratas veneradas, alimentadas con leche y con todos los derechos de esparcir sus heces allí donde les apeteciera, tumbándose incluso en aquel suelo como signo de sumisión... ¡a la rata, en especial a la rata blanca!, que deambulaban entre aquellas cientos, miles de vacas a punto de derrumbarse de repente, atontadas, intoxicadas (¡otro peligro inminente en medio de ese tráfico infernal!), a cuento de muchas más exposiciones en el cuerpo que la que ellos absorberían en aquellos quince días turísticos; o que se unían alrededor de cada uno de ellos en las tiendas, bazares, restaurantes, hoteles, de tres, de cinco, de siete, cada vez que correspondía servir una bebida u ofrecer camisas y vestidos y pantalones y piezas de jade y todo lo que estaba en venta, siempre dispuestos a regatear a seis, ocho, diez manos. ¿Ésa... ése...?

Menos mal que volvían de vez en cuando al autobús, donde podían parapetarse y ver aquello por las ventanillas como en una pantalla, como en la televisión o el cine. Y con aire acondicionado para ellos (lo que obligaba a acallar la mala conciencia que les cuchicheaba: mira, mira... mira un poco hacia la cabina del conductor que está... del lado de ese otro mundo, que pertenece a esa humanidad). Todo lo que les permitía tomar cómodamente todas las fotos del folclore

que quisieran, sin temor a provocar las molestias que creían estar ocasionando y pudieran traer complicaciones: como la del encargado de subir y bajar la barrera interprovincial que se hurgaba con esmero las uñas del pie sobre el pequeño mostrador que le servía de mesa de trabajo; o como esas sonrisas que mostraban huecos entre los dientes... y extendían la mano para cobrar diez rupias; o como aquel torso que se desplazaba sobre un carrito de ruedas, empujado mediante los muñones de los brazos, de ese mendigo seguramente sindicado que describían los escritores indios emigrados... que publicaban en inglés en Inglaterra para satisfacer la curiosidad de los que no viajaban; o los incontables grupos en procesión al Ganges en busca de agua sagrada con sabor a leña y carne chamuscada, con sus hombres de naranja, a veces siguiendo a uno de sus miembros que rodaba y rodaba por el suelo en cumplimiento de alguna promesa; o esos puestos de comida rápida abiertos al exterior, cuyo fondo oscuro apenas si podía adivinarse; y lavanderías minúsculas donde se lavaba a golpe de piedra y barberías montadas dentro de cajas de aglomerado o chapa abiertas completamente por un lado y separadas del suelo anegado por columnas de ladrillos o bloques de piedra...; mangueras y bombas de desagüe que no conseguían gran cosa; enormes transformadores colgando de las esquinas como gigantes pulpos de tentáculos eléctricos; un gigante de uniforme caqui y gorra oscura en una calle abarrotada con una vara de metro y medio que bajaba

y subía y volvía a descargarse sobre una espalda que no ofrecía ninguna resistencia...

Ésa, esa debilidad, esa complejidad, esa comodidad...

Pero había que animarse, correr riesgos. ¡De qué valía la vida occidental si no se hacía turismo, y si no se hacía a fondo, de manera consecuente... admitiendo que ésa no era sino "otra cultura"! ¡Y a qué conservar todos los huesos y la salud si no era para el riesgo, como dijera Rilke, Nietzsche, Heidegger... que nunca estuvieron en la India y menos tal como había llegado a ser en este siglo! ¿No se lo habían ganado con el sudor de la frente, precisamente en el reparto más o menos aceptado en el que les había tocado un porcentaje de la mejor de las partes, y al que se había llegado del mismo modo y por las mismas razones oscuras por la que ese mundo también había llegado a ser ése? Por eso hubo que subir a los *rickshaws* y sufrir un poco viendo pedalear, y hasta empujar a pie en las subidas, a esos desesperados y escuálidos conductores que por un trayecto podían sacar a lo sumo el doble de los desdentados gurús por una foto. Entre otras cosas.

Por fin, a causa del descanso insuficiente, la progresiva parsimonia, el fárrago de imágenes que inundaba las cabezas o la necesidad de dar la espalda a lo que se hacía cada vez más incomprensible, la mayor parte de ellos fue cayendo en sucesivos y breves duermevelas tras cada uno de los cuales, al despertar, se redescubrían en la misma sala cochambrosa como si fuera un lugar

del que ya no podrían salir, incluso en el que hubiesen ido a parar desde un principio, en todo caso después del zigzag por entre una multitud incomprensible, y donde el tiempo daba muestras de haberse congelado para ellos, con sus invariables paredes descascaradas, manchadas y mugrientas, las sillas de plástico maltrechas a uno y otro lado y aquel escritorio victoriano de diez cajones del rincón, cubierto de polvo, pegotes y manchas, que permanecía junto a la puerta, que en teoría estaba allí para facilitar necesidades de archivo del funcionario encargado de la sala o del andén, quién podía saberlo, seguramente la mujer que los dejó pasar tras comprobar los billetes que le presentó el guía y quedarse con alguna copia. O allí, a su izquierda, el murete que separaba la sala de los aseos destinados a las mujeres, que todos se resistieron a usar tras asomar sigilosamente la cabeza por la entrada, tan amplia como para dar paso a un camello con carro, cargamento y todo, y comprobar que estaban en un estado que no se podía atribuir a sexo humano alguno. Y una y otra vez se preguntaron cómo podía ser aquel país inverosímil, cómo podía continuar allí la vida sin que se extinguieran, por completo, los humanos. Incluso, si ese mundo no les estaría mostrando cómo sería el futuro del suyo... Y los días previos se fueron borroneando, superponiéndose los unos a los otros, mezclándose los fuertes y los palacios, los mármoles y el barro cocido, la piedra gris y el marfil blanco, las pieles tostadas y las más oscuras, las cetrinas y las

MÁS RÁPIDO QUE...

ARIEL C. DELGADO

El buen Clark miró su rostro una vez más en el espejo; el agua fría resbalaba y goteaba por su cuadrada mandíbula. Tomó la toalla y se secó con desgana, regresó a su habitación y comenzó a vestirse lentamente. El reloj marcaba las 6 a.m.; llovía a cántaros.

Luego de comprobar el nudo de la corbata se acercó al escritorio y de un cajón tomó una reluciente arma automática. Se la había quitado a un hampón hacía unos días. Se sentó en la cama con el arma entre las manos.

La vida era gris y monótona; parecía que la espiral descendente nunca acabaría. Ya el sabelotodo de Bruce le había advertido: "¡Sigue así y tendré que usar la kriptonita!".

Al principio el ser periodista era divertido, pero luego aprendió que las intrigas y la envidia era pan de cada día. Hasta la mujer de su vida le robó la historia que le iba a hacer ganar el Pulitzer.

¿Y qué decir de su otro trabajo? El eterno avión que es secuestrado

| | | | |
|---|--|--|---|
|  | <p>PROXIMA es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante.</p> <p>http://revistaproxima.blogspot.com/</p> | <p>CONSIGALA EN:</p> <ul style="list-style-type: none">CLUB DEL CÓMIC: Montevideo 255, CABACLUB ORSAI / QUORQUITO DE LIBROS: Estados Unidos 2786, CABAEL BANQUETE LIBROS: La Pampa 2508, CABAENTELEQUIA Belgrano: Jaramiento 2584, CABAENTELEQUIA Centro: Uruguay 341, CABAESPACIO MOEBIUS: Belles 698, CABAKIOSCO DE DIARIOS Y REVISTAS PUCARÁ: Av. Corrientes 529, CABALA COMARCA, THE OUTER RING COMICS: Neaquén 699, CABALIBRERÍA TERRAMAR: Av. de Mayo 1190, CABATARDIS. Kiosco de revistas, cómic y libros: Av. Independencia esq. Perú, CABAKIOSCO DE DIARIOS MORENO: Piovano esq. Martínez Melo, Moreno (BA)LIBRERÍA LPI-BROPOS: Martínez Melo 178, Moreno (BA)LIBRERÍA TIEMPOS DE PAPEL: Calle 27 nº 354, nº 18 y 19, Mar del Plata (BA)PURD CÓMIC: 3 de Febrero 9160, Rosario (SP) | <p>TAMBIÉN EN:</p>  |
|---|--|--|---|

a tender ante Castelo un velo vaporoso que, a pesar del cansancio, lo obligó a calcular, apoyándose en mediciones hipotéticas que definía vagamente, la velocidad de expansión de la burbuja de la que habían escapado y a compararla con la igualmente apreciada del convoy. Considerando que pasarían en Varanasi un par de días, intentaba determinar lo más precisa, e idealmente, posible si la velocidad con la que todo transcurría les permitiría visitar sin perturbaciones la ciudad... y si, al marcharse, no tendrían que realizar allí alguna nueva hazaña para regresar a sus casas... De repente, consideraba la posibilidad de que la burbuja no se hubiese producido en Agra, sino de que allí los hubiera alcanzado, originada vaya a saberse en qué punto del mapa, desde donde no dejase de extenderse... Eso siempre y cuando hubiese sólo una..., y no estuviesen limitadas por la causa que fuese en su poder de expansión, ¿tal vez hasta los tres mil, los cuatro mil, los seis mil kilómetros...?, y no se repeliesen al entrechocar..., quizá de manera explosiva..., o fuesen de naturaleza económica o de cualquier otra índole artificial... Intentó hacerse,

incluso, una idea aproximada del tiempo que podrían tardar en alcanzarlos todas y cada una de esas burbujas una vez que regresaran a Occidente, y lo que pasaría allí cuando aquello sucediera. O cuando se formara allí otra, específica, que comenzara a crecer, perspectiva que, tal como pintaban las cosas, parecía más que probable... ¿Años, décadas, generaciones...? ¿Existirían entonces héroes capaces de una acción como la suya? ¿Qué tren, cohete o sistema de transporte podrían emplear... y qué lugar escogerían para escapar de la seducción del *Moksa*...?

Castelo habría pasado la noche barajando una y otra vez mil y una hipótesis fantásticas y entreviendo infinitas heroicidades de leyenda, pero al final, mecido por el batir de las ruedas contra los raíles, se fue uniendo en el sueño a los demás. Entonces el tiempo del planeta se apartó descendiendo del *sahib* para dejarlo pasar una nueva noche de esperanza; unas horas de reposo apenas... en las que prepararía la jugarreta de la mañana siguiente.

© CARLOS SUCHOWOLSKI, 2015.

CARLOS SUCHOWOLSKI
(Argentina —Mendoza, 1948—)

Radicado en Madrid desde 1984, administra las ciberbitácoras "Un espacio para mi conciencia y mi desgaste" (<http://unanuevaconciencia.blogspot.com.ar>) y "Una botella llena de luciérnagas" (<http://botellallenedeluciernagas.blogspot.com>). En **NM** publicó "Una confesión estimulante" (# 22), "Espacio, espacio..." (# 29) y "Genio y figura" (# 35).

Con su segunda novela en fase final de corrección y una colección de microrrelatos y dos de relatos de próxima aparición, está abocado a una novela corta para niños y a un ensayo "sobre la producción de lo simbólico, el problema de la individualidad y la interacción".

negras, las miradas de puñal y las de asombro...

Para colmo, la penumbra se acentuaba cada vez más fuera, envolviéndolo todo, como si su propósito fuese aislarlos del mundo, de todo el mundo, o tal vez sólo la sala, la estación, la ciudad entera en todo caso; una idea que despertó no sólo un sentimiento de solidaridad sino una cierta nostalgia... como si fueran a perderlo, y otra vez de culpabilidad... como si los sentimientos de repugnancia e incompreensión lo hubiesen condenado... Y lo que conseguían entrever parecía cada vez más propio de una pesadilla. Porque, aunque los rostros y las expresiones con las que se topaban al abrirlos fuesen muy similares y las sonrisas benevolentes y miradas hurañas fuesen del mismo estilo, los grupos de hacía apenas un instante ya no estaban: habían sido sustituidos por otros, integrados por un número diferente de miembros, de edades, grosor, altura, ropas y posturas variadas y distribuidos de otro modo. ¡En el tiempo de una leve cabezada... o eso les decían sus ojos!

Era como para pensar que algo vivo, provisto de millones de rostros, cabezas, cuellos, cuerpos... jugaba a la prestidigitación con ellos, empujándolos a la pérdida de toda noción de realidad y medida del tiempo, o que, alimentándose de ella la sustituyera por otra más reducida y arrugada, tal vez con el fin de no dejarlos salir nunca más de allí, si acaso hasta comprimirlos y aplastarlos como se haría con muñecos de chatarra o robots fuera de servicio en un mundo en el que no habría lugar ni para los

escrúpulos. Algo que urdía sus planes de secuestro con el hilo de su propia mala conciencia occidental, por el pecado que estaban cometiendo al observar a los nativos demasiado detenidamente o por fotografiarlos buscando sus detalles más exóticos, por verlos... como a animalitos exóticos. Algo (quizá a instancias de su mitad maligna) que provocaba en ellos, en una u otra medida, la renuncia de sí mismos.

Y todo cuando, como sólo unos pocos iban entreviendo, eran esos "animalitos" los que explotaban esa debilidad y miseria propias, reales pero irrenunciables, que ostentaban incluso y hasta con manifiesta alegría. Que ellos a su vez, observaban a los turistas de igual forma y con auténtico desdén: siempre con miradas, sonrisas y gestos mordaces, insistentes y comprometedores. Que era una debilidad asumida a fondo por una masa numerosa situada en terreno propio, en su mundo; en última instancia... sospechosa. Que ni más ni menos por eso afloraba a la intuición en cuanto se la dejaba volar libremente en lugar de amarrada a la mala conciencia que arrastraban como parte de sus equipajes sin ser capaces de soltarla, la certeza amordazada de que detrás de las miradas y sonrisas, los gestos amistosos y las manos tendidas hacia las limosnas, había una astuta y resentida sumisión histriónica, incluso un complot en marcha, lento, paciente pero estudiado y decisivo, dispuestos a revertir las cosas cuando llegara la hora. Y cada vez que se encontraban rodeados o se acercaban demasiado para apro-

piarse de sus gestos, sus costumbres o sus ritos, no podían más que sentirse expuestos, e imaginarse dentro de una olla enorme puesta al fuego mientras miles de millones alrededor danzaban con la perspectiva de saciar el hambre de los tiempos. La mala conciencia estaba indudablemente del lado de los afectados y los condenaban a permanecer tan “incomunicados” como el “emigrado” de La Force, escuchando “el rugido de la ciudad [...] como si fuese un redoble de tambores destemplados al que parecía unirse un salvaje estruendo de voces”.

Tan solos y desamparados se sentían, tanto comenzaban a temerle al mundo que los rodeaba, tanto preferían sumergirse en la inconsciencia para no sufrirlo. Y por eso se refugiaron, unos más hondamente que otros, en sus sueños particulares, todos tejidos con los mismos fragmentos, todos partes de una única pesadilla colectiva a la que asistían como espectadores a una película que no se conocieran entre sí e incluso se encontrasen desperdigados por diversos lugares de la sala de cine. Una pesadilla cuyos retazos componían una única visión caleidoscópica y envolvente vista de diversos ángulos que se hacía especialmente ostensible en cuanto abrían de vez en cuando los ojos: los que estaban en el andén y miraban hacia el hueco de las escaleras, viendo venir una muchedumbre hacia ellos como bocanadas de figuras que tomaban forma y se desvanecían al instante, en explosiones gaseosas que de inmediato otras ocupaban; los que tenían a la vista

los andenes y los trenes detenidos, viéndolos salir como balas de cañón entretejidas como madejas con los cuerpos finos como cuerdas, viendo cómo eran tragados o escupidos, respectivamente, como si bajo la piel metálica de los vagones se hubiera escondido una ballena monstruosa que no pudiese dejar de respirar y expirar, delatándose con tales palpitaciones; los que permanecían en la sala, viendo la metamorfosis de mujeres y niños que pasaban de la entrada al centro de la sala, de andar a aparecer en cuclillas formando pequeños círculos de humo, y de inmediato a la inversa, alzándose, saliendo, cambiando el número de los grupos que formaban antes de disolverse, los colores, las ropas... Sólo de cuando en cuando, al dormirse unos segundos y perder del todo conexión con el mundo que los envolvía de ese modo, asomaban vagos recuerdos fragmentarios de esos que habían estado fotografiando para repasar cuando todo eso acabara: una enorme cúpula blanca, unas torres puntiagudas.

Claro que, como es lógico, experimentaban aquello en muy diversos grados, según las particularidades psíquicas, físicas... o profesionales de cada uno. Y es que, por muy occidentales que fuesen, no todos eran iguales, como ya había quedado claro cuando hubo que escoger elefantes, camellos y turbantes, y como ya estaban pensando cómo se las habrían de ingeniar para elegir literas...

Poco a poco, sin embargo, el espíritu adormecido de Occidente se recuperó un tanto y el asunto co-

nuevo profeta y santo frustrado, abandonaba el papel antes de que éste tuviese un sentido en el que poder creer. Como Prometeo o Zaratustra, sólo tenía un nombre propio para una posibilidad que en su caso consideraba irrealizable, la de figurar como una víctima notable del Destino; es decir, como poseedor de una imaginaria dignidad inscrita en la piedra hasta nuevo aviso. Pero él no podía creerlo, convencido de que para conseguirlo tendría que engañarse hasta dejar de ser quien era... seguro de ello, en cualquier caso, porque no podía evitarlo, tal vez porque de algo había que estar seguro. Así era; para él estaba vedada la dignidad de un Goetz o la de... ¿a quién mencionar de todos ellos?, pues al padre fundador, a Platón. En realidad (y Goetz le abrió paso en ese instante a Kean, ese otro personaje con el que se topa en aquellos lejanos pero latentes tiempos de la adolescencia), había protagonizado ese rescate que parecía haber cambiado todo cuando en realidad no había cambiado nada, porque no servía para otra cosa, porque no era más que un *menteur de naissance* más entre los otros.

En cualquier caso, las cosas parecían alejarse del sueño “sombrio” de la pitonisa y los temores de dormir profundamente en la inconsciencia. En ese momento, al menos, el presente, siempre huidizo e inestable, parecía apacible. En ese momento uno sentía seguir siendo una de las miles de pequeñas y fútiles cosas, de color, de forma, de nombre, que formaban el mundo, más allá de que ese mundo pudiera rodar, como rodaba desde hacía milenios, hacia la siguiente e incluso última perturbación, a instan-

cias del repentino exceso o la repentina escasez de migajas... Importaba el viaje, armonioso y prometedor sobre los rieles, que invitaba a creer en días por venir.

Al rato no quedaba nadie fuera de los compartimientos y Castelo se metió en el suyo. Domontina dormía, distante por igual del pasado y del futuro, como si hubiese regresado a su casa después del primer encuentro incierto y prometedor con Castelo. Orlando también había caído. Sólo la pájara caminaba aún, bien que un poco a los tumbos, sobre el pecho del taxidermista, como si buscara dónde hacer un nido y quisiera evitar ponerse a dormitar como las palomas o los búhos. Los relojes marcaban los segundos universales al batir hipnótico de las ruedas que giraban, giraban, giraban y giraban. El mundo y la vida, cuyos “secretos” Castelo había comenzado a “conocer” a los siete años, más o menos (¿quizá el que Robert Graves le dijera a su hijo que era siempre el mismo?), componían un texto pretencioso que “rodaba y rodaba sin dejar de silbar”.... Castelo se colocó de lado, con la mirada puesta en el rincón vacío de la litera desocupada de al lado, y se dispuso a dormir y a esperar... No obstante, no pudo dejar de asociar el vaivén sonoro que lo mecía al sonido de unos tambores atravesando la jungla, enviando un mensaje indescifrable al futuro al que en breve saltaría, del que lo que se pudiera pensar y decir que sería más o menos vano. El mensaje, por más efecto Doppler que lo contrarrestara, conseguía adelantar al convoy y anunciaba su llegada... Esa certeza volvió

En ese instante, el guía trepó hasta la litera de Domontina (que, por suerte, ya se había dormido) y se irguió sobre sus dos patitas traseras, dándole un latigazo en la pierna con la propia cola. Ladeaba la cabecita y lo miraba inquisitivo, como si buscara su condescendencia y su comprensión. Sin duda los había traicionado y temía parecer más ineficaz para ellos que antes. De todos modos, había demostrado preferir seguirle siendo fiel a su trabajo, tal vez a sus patronos y a esa profesión que le permitía sobrevivir, cuidar de su familia, de sus vacas y de dar de comer a todo ser viviente que pasara por su casa —tal vez algún antepasado o un familiar de su mujer o de sus suegros—, y tener nuevas oportunidades, aunque no fueran siempre las más puras posibles. A fin de cuentas, todo el mundo intentaba lo mismo para salir del paso, buscando cumplir lo más eficazmente posible con el cometido asignado; en especial si le había sido dado aquel para el que se sentía más capaz.

—No te preocupes; tu mujer te dejará entrar con las demás, como de costumbre, y te dará queso y leche.

Animado de ese modo, la ratita sacó unos papeles de su portafolios y se dedicó a tildar en rojo los dieciséis supuestos nombres representados en una lista mediante unos trazos que parecían huellas de piecitos sagrados: pero, ¿estaban realmente todos?

Castelo estudió los rostros un tanto demacrados de los que se hallaban a la vista, incluyendo los de los reencarnados. A fin de cuentas, la situación extraordinaria había resulta-

do gratificante para él. Había concitado el respeto de la mayoría y, al menos los que podían manifestarlo, parecían estarle agradecidos. Incluso Domontina parecía haber arrumbado toda suspicacia...

Sin dudas, eso le gustaba; lo dejaba bastante satisfecho. Aunque de manera un tanto inconsecuente —ya que no había ni sería nunca capaz de la simplificación que le hubiera permitido hacerse con los cuatro adeptos necesarios, como mínimo, para iniciar una auténtica carrera de profeta—, había oficiado de santo. Había rescatado, a pesar de todo, a personas que en su mayoría le repugnaban. Lo había hecho con desprendimiento, y como por imposición divina. Ahora, lejos ya del peligro, volvía a sentirse libre... de responsabilidad... Pero... “Sólo será hasta la próxima”, se dijo, consciente de que acabaría reincidiendo, girando, como las ruedas del tren, en torno al mismo eje... En ese momento se acordó de Goetz, aquel que “había hecho trampas para perder” para escapar del Diablo y probar suerte con el Buen Dios, de eso hacia ya casi cuatro décadas, mientras otro tren lo llevaba a otra parte, a la que sería su punto de partida hacia el este; hacia Varanasi, en última instancia. Entonces volvía, leyendo a Sartre, al cabo de las vacaciones de fin de curso con el grupo de entonces, de más de cincuenta excadetes; ya no llevaba la cuenta. Ahora, en medio de esos dos grupos que a fin de cuentas apenas diferían entre sí en la superficie de la piel y de las formas, que seguían viviendo, un tiempo más, tal y como habían crecido, pasando del dolor al placer, del placer al dolor, sin meta alguna... él, de regreso a sí mismo, de

menzó a ser considerado desde la óptica de la socorrida racionalidad.

Castelo, uno de los miembros del grupo que más se caracterizaba por no dejar ni un momento de pensar y proponer hipótesis, sin dar empero con una explicación satisfactoria, preguntó si alguno sería capaz de asegurar que, en ese lapso impreciso, el sol no habría cruzado el cielo lo bastante veloz como para que se hubiese producido una nueva noche y despuntara en breve un nuevo día; más aún, continuó forzando el giro de la tuerca, que ese día ya habría despuntado aunque tras un cielo negro, disfrazado de noche, que, a escondidas, corriera desbocado hacia un nuevo ocaso. Un indudable método de locos para afinar hipótesis. En particular para su pareja, Domontina, a su vez una de las personas más suspicaces y atentas a los detalles que pueda imaginarse. Ella, fiel a las ciencias positivas de la modernidad, a las que se había consagrado, sostuvo que todas esas extrañas sensaciones y esa profunda somnolencia, debían obedecer a algo que los habría contagiado. En ese “basurero planetario”, remarcaba, no era de extrañar que los hubiese penetrado alguna bacteria extravagante.

Orlando, el taxidermista, por su parte, se atrevió a ser taxativo (cerrando la afirmación con el castizo y ya familiar “sabes cómo te lo digo...” que utilizaba como muletilla) afirmando que él también pensaba que tenía que haber alguna cosa (“...aquí se fuma mucho, sabes cómo te lo digo”), recibiendo en el acto un codazo y una mirada de soslayo, notablemente

despectiva, de la mujer que, a pesar de todo, se había sentado a su lado.

En fin, ya se sabe: en un grupo ocasional, todos manifiestan en mayor o menor medida alguna rareza.

En ese momento, y a pesar de que le recordaron las advertencias del guía y de la mujer del desayuno, Fidelio, el más intrépido y temerario del grupo, se despidió diciendo que se había quedado sin rupias y que aprovecharía para ir a buscar cambio; y, ciñéndose el turbante con el que se las daba de integrado toda vez que cuadraba, abandonó la sala añadiendo que él confiaba en el Imperio y en sus horarios, aunque vaya uno a saber si en realidad ya le estaba dando igual que aquella fuese una última salida y un tren o lo que sea pudiese venir a rescatarlos. Era evidente que la mayoría no se sentía peligrar, sino todo lo contrario; si lo hacía, no lo exteriorizaba, y esa contumacia exasperaba a Castelo.

De repente, un estruendo solitario que llegó de lejos los llevó a preguntarse con aprehensión por lo que estaría sucediendo fuera, como si hubieran comenzado a considerar la proximidad del temido fin del mundo... y volviesen a descubrirse culpables por haberlo deseado en algún momento. A causa de que allá, afuera, todo se volvía tenebroso, la sala pedía más apoyo de luz artificial que el mezcquino simulacro, amarillento y mortecino que caía mansamente del inalcanzable techo. Los nativos, mujeres y niños como correspondía a la función de esa sala, seguían moviéndose sin cesar y a toda prisa, como en un avispero agitado, cambiando de

lugar, de postura y hasta de aspecto a pesar del parecido, mostrando un rostro, cuando volvían la cabeza para echarles una mirada, que no era exactamente el que se había vuelto unos momentos antes, e incluso desapareciendo del sitio donde los habían visto hacía un instante, como si se tratara de fantasmas que, simple y sistemáticamente, se sustituían entre sí. ¡Y sin que mediara ahora ni una sola cabezada ni un perceptible abrir y cerrar de ojos; bastaba mirar a un lado y luego al otro!

Los que se asomaron a la puerta con cautela, creyeron ver unas lenguas de vapor oscuro entrando por las altas ventanas ojivales que remataban las altísimas paredes laterales en las que se asentaban los techos de material ondulado de la estación y donde, de una en una o en grupos reducidos comenzaban a situarse unas pequeñas y redondeadas siluetas negras que parecían ser palomas, gorriones o algún otro tipo de aves. La tormenta, que los empujaba a hacinarse con ellos, parecía haber comenzado allá afuera embozada bajo los ruidos de la calle y de la vida. Y cuando los timbales de la tormenta comenzaron a tronar más cerca y, casi de inmediato, comenzó el redoble furioso de la lluvia, todos experimentaron la impresión de hallarse en el interior de una especie de caja de madera que flotara a la deriva en mitad de un mar extraordinario al que habían sido arrojados; una caja hasta cuyas paredes invisibles llegaban, como embates del oleaje fantástico, los diversos, no identificables pero obviamente monstruosos, ruidos exte-

riores —seguramente, en gran medida al menos, los del tráfico exterior, el sonar sistemático de las bocinas, el vocerío de la muchedumbre callejera y de los que se movían por los andenes, las escaleras y los puentes, subiendo y bajando con todo tipo de bultos, una masa sin solución de continuidad que vaya a saber hasta dónde o desde dónde llegaba y hacia dónde y por qué fluía...—, chirridos, estertores, gritos de desafío o llamadas de atención, órdenes quizá, quejas, denuncias... que poco a poco fueron siendo ahogados bajo el creciente golpeteo del agua. Sin embargo, a pesar del miedo, aquello les devolvía la esperanzada presunción de que la realidad, por fin, reaparecía. Aunque también pudiera tratarse de una venganza purificadora (¡eso explicaría la posibilidad de vida en ese infierno que así se depuraba...!, sí, pero habrían preferido no estar dentro al producirse).

Fidelio, que reapareció de repente en el marco de la entrada, completamente empapado, vino a explicar que lo que pasaba no era nada que no fuese natural. Calado hasta los huesos, prácticamente radiografiado en el traje de algodón blanco que se había hecho confeccionar en una noche por uno de los abundantes sastres exprés de Agra, y con el turbante convertido en una fuente de sopa invertida sobre su cabeza... parecía haber estado nadando con la ropa puesta.

Al cinéfilo de Castelo, la chorreante aunque, como de costumbre, feliz cara de Fidelio, le recordaron *El graduado* y luego *El año que vivimos*

de los cuernos al ritmo de la marcha: tococ-tococ-tococ, tococ-tococ-tococ...

Castelo se dirigió a Macunaíma que seguía asomando la cabeza:

—¿Y Marfestela, y Sarubia? —preguntó modulando los nombres prácticamente en silencio, como habría hecho un mudo. Ella señaló el siguiente grupo de literas longitudinales. ¡Ah!, ya dormían...

Castelo se acarició la nuca: ¿habrían logrado realmente escapar de los ciclos del *samsara* y, al seguir viaje hacia Varanasi, retornar a los estrictos marcos del programa, o volverían a encontrarse con una situación similar o más compleja aún a orillas del Ganges, donde era de esperar que las corrientes del *moksa* fuesen más fuertes y las ataduras del mundo pudiesen descomponerse con mayor simpleza...? ¿Cómo podrían continuar con las transformaciones producidas? Nada podía saberse aún, pero se seguía sintiendo preparado para volver a actuar en cuanto las circunstancias se lo volvieran a exigir... Estos pensamientos lo llevaron a recordar a la Madre; entonces hizo una seña a Valentino, que parecía dispuesto a hacer guardia delante las cortinas de su compartimiento.

—¿Cómo va el hormiguero?

—Bien, por lo visto, gracias —respondió Valentino, y alzó otra vez el frasco, del que parecían escapar unas vocécitas propias de Liliput, como para que Castelo lo pudiera comprobarlo y oír—. Desde hace un rato, el guerrero alto está contando la historia de Sidartha, y los demás lo escuchan embelesados, murmurando amenes o, más

bien, ramrames.... Especialmente Madre, que asiente sin cesar con un movimiento vehemente de las antenas, mientras añade repetitivamente, a modo de letanía: “Indiscutiblemente, el futuro de la humanidad es la colmena...”, tras lo cual se pega un bailecito. Es evidente que ella habría preferido ser abeja y se confunde..., no hace falta que me digas nada... ¡Así es ella: por más hormiga que sea, no dejará de actuar como si fuera abeja... y de danzar como tal! Espero que la fiesta acabe pronto y me pueda irme a dormir. Pero, me temo que acabe sin que pueda pegar ojo... —Y bostezó desesperado—. ¿Sabes tú si las hormigas duermen...?

Castelo sonrió condescendiente.

—No, ni tampoco si sueñan con termitas mecánicas..., ¡je!...

Valentino había tomado distancia respecto de la Madre y la familia gracias a la diferencia genética que se había creado entre él y sus miembros e hijos adoptivos; y esperaba que se mantuviese así durante el resto de la noche...; sin claudicar... Pero la sombra de la mujer-hormiga... o abeja, era alargada. Pero lo que más le preocupaba era que sus agitadas y publicitadas facultades de pitonisa fueran efectivas, y aquella sombra se estirase hasta el futuro, algo que encontraba repugnante para la vida, según él la seguía prefiriendo, no en nombre de una “naturaleza” sempiterna, sino de acuerdo con “los pasos ya sembrados”. ¡Ay!, se dijo, esperaba que el tren, que iba indudablemente iba en la dirección del vaticinio, no condujera a su inminente cumplimiento.

y miró primero a uno y luego, algo angustiado y temeroso, otro lado. Marchaban hacia la oscuridad, lo que no sólo no le daba ninguna garantía sino que reafirmaba los malos presagios... No obstante, en el oeste en cambio, el postrer sector circular de un inmenso aunque enfermizo sol anaranjado estaba decayendo. ¡Sí; era el Atardecer; el Atardecer auténtico; y sólo marchaban, a buen ritmo por cierto, hacia la noche...! ¡Estaban en la Realidad; habían regresado a ella! ¡Habían conseguido escapar!

En efecto, atardecía; no cabía duda alguna: la claridad nacía en el horizonte del que se alejaban. El tiempo del mundo imperaba de nuevo para ellos, y ya comenzaba a notarse, con todo su peso. Un hombre uniformado de piel cetrina y gran bigote recorrió la cortina del compartimiento, el telón del escenario, y les tendió un sobre gigante de papel donde iban una sábana doble con una raja lateral y una manta. Era hora de ocuparse de aquellas menudencias que tomaban a cada uno como el bien máspreciado de sí mismos y tender las literas para disponerse a dormir.

El taxidermista Orlando se había hecho visible en la litera inferior del otro lado. Acariciaba con melancolía las plumas a la corneja, ignorando estoicamente los picotazos que aquella naturaleza negra, alada y picuda le propinaba sin cesar en las manos. Castelo y Domontina prepararon las literas del lado opuesto sin atinar a decir nada, pero mirándose de vez en cuando con complicidad. “Vaya par que hacemos todos...”, pensó

Castelo. Y de repente, sin que se le pudiera ocurrir explicación alguna, Domontina se acercó y le dio un beso especialmente cariñoso en la mejilla para a continuación susurrarle al oído que, de haberlo conocido en aquellas precisas circunstancias (es decir, de haberse conocido en ese viaje), habría intentado conquistarlo..., tras lo que se sintió obligada a añadir, no fuera a quedar eso sin la consideración adecuada (¿cómo fiarse de la capacidad adivinatoria del otro después de tantos malentendidos?): “Eso tiene que gustar, ¿verdad?”.

Y más investido aún que nunca de la responsabilidad asumida, antes de encaramarse a su litera, se asomó al pasillo. Las caras somnolientas de Macunaíma y Archibalda aparecieron por entre las cortinas de las literas longitudinales y ambas lo saludaron afectuosamente. En el extremo opuesto, Valentino alzó el frasco de lasi dentro del cual cuatro hormigas rodeaban a la reina madre, mientras esta parecía bailotear envuelta en un *saari* a la medida, cuyos pliegues pasaban por entre sus varios brazos rojos y peludos. Más allá, una garza asomaba la cabeza por entre las cortinas con evidentes muestras de preocupación o de incomodidad mientras, desde otra litera, un nativo la miraba con una codicia que podía considerarse erótica. Castelo sintió una mirada en la nuca y se volvió hacia el descansillo opuesto que separaba el vagón del siguiente: allí se había acomodado un buey que no dejaba de rumiar cáscaras de plátano, pero al que por encima de todo delataba su turbante rojo bailoteando en la punta de uno

peligrosamente. Pero lo fundamental es que venía del mundo exterior y la experiencia podría revelarles el origen de las contradicciones, por lo que Castelo se dispuso a no desaprovechar la ocasión. De modo que, sin darle tiempo a entrar ni a que pensara demasiado, detuvo a Fidelio en la puerta y le preguntó en voz baja: “¿Crees que Askscharma nos está engañando acerca del tiempo y que el tren que esperamos llegará alguna vez?”. Pero la jugada no sirvió de nada. “En realidad, el tren es lo de menos”, respondió beatífico Fidelio, y, tras un misterioso mugido (todo un vaticinio, como se vería más tarde), que emitió a modo de curiosa carraspera, se explicó: “Lo bueno es que he traído plátanos para todos y podemos entretenernos comiendo. Lo malo es que no encontré cambio y ahora ya no me quedan rupias. Espero no necesitarlas en el tren...” (¡Sí, todo un vaticinio, como se acabaría demostrando!).

Entonces Castelo bajó la vista y los vio. Era de lo más extravagante: Fidelio acunaba en brazos, como si se tratara de un bebé cetrino lleno de tumefacciones y salpicadas de ronchas marrones y negras, un enorme racimo de bananas indias (todas superpasadas), que parecía salir de un cuadro de Dalí, y en el que, “Ya puestos...”, se había gastado precisamente las pocas rupias que le quedaban, sí, tal vez porque, para entonces, quizá ya había comenzado a contemplar, inconscientemente claro, la conveniencia de desprenderse de todo.

No hizo falta que explicase nada, aunque lo hizo, tal vez como una ma-

nera de poderlo comprender él mismo: fuera se había desatado un auténtico temporal monzónico (que arreciaba ahora, como podían escuchar); de esos que, merced a los conocimientos que habían acopiado precavidamente antes de iniciar el viaje, era de suponer que se prolongaría durante muchos días y muchas noches —“¡India, qué esperabais!”, como diría Valentino padre, el que oficiaba de jefe de la Familia de los Valentinos, que viajaba al completo y que se había ampliado desde la llegada a base de selectivas adopciones, pasando de cuatro miembros a siete, como parte de la política de la Madre que, como Saurón, el Señor Oscuro, pretendía “dominarlos a todos”—. Una tormenta sin parangón que prometía ensañarse duramente con el mundo, pero que, por suerte, no llegaba hasta esa especie de caja en la que, después de todo, debían estar agradecidos de hallarse, ya que sin duda los estaba protegiendo... aprisionándolos, sí, al mismo tiempo, aunque sólo para quien prefiriese verlo de un modo pesimista, algo decididamente incomprensible y hasta repugnante para Fidelio, que, de manera obviamente retardada, se volvió para lanzar un bramido condenatorio hacia las insistentes fantasías de Castelo que no lo estaba dejando repartir los plátanos, ese botín precioso que había arrancado a las tempestades del infierno y que venía tan bien para consolarlos a todos y hacer que se sintieran más a salvo.

Había que reconocer que Fidelio, al levantar esa barrera voluntariosa frente la penuria, entre unos desamparados como ellos y aquel mundo des-

graciado e incierto, demostraba, nuevamente, ser un héroe. Un mundo que, a pesar de involucrarlos de ese modo en su penosa suerte, antes que indisponerlos como sus enemigos los sumía en la melancolía típica de sus últimos habitantes, afectados por la dolorosa certeza de que ya no lo volverían a ver nunca tal y como lo habían conocido, tal y como habrían querido reencontrarlo. Lo expresaban sus rostros, sus miradas lastimeras hacia los pobres plátanos mojados y ruinosos que los llevaban a ver aquellos carros llenos de frutas y verduras que era imposible suponer que se consumirían en el día y que no conseguían imaginar a dónde irían a parar... ¿A los lasis y yogures? ¿A ensaladas para pobres, para los más pobres de entre los pobres? ¿A los estómagos de las vacas sagradas, donde se pondrían cósmicamente en órbita horas y horas, de los camellos, de los bueyes...?

Miraban las ropas de Fidelio, calculando las fuerzas que se habían desatado... y se imaginaban el fin del universo. ¡Ay!, difícilmente pudiese continuar existiendo durante mucho tiempo más ese mundo del que aún se mantenían a salvo, cobijados del inconmensurable espacio-tiempo en crisis, dentro de esa extraña, cochambrosa, deplorable caja. ¡Ay!, ojalá llegara pronto, ojalá pronto bramaran los altavoces su código específico de tres letras y cuatro números que lo identificaba, según figuraba en los billetes que el guía había conservado celosamente en su poder.

En ese contexto, el deambular de Fidelio entre sus compañeros de

viaje con los plátanos en brazos, chorreando agua desde el turbante hasta los mocasines, se presentó como el rito al que la mayoría se sumó complacido y esperanzado. En ese lugar sin tiempo, Fidelio, remedo del Virgilio que guiara al Dante a los Infiernos, parecía transmitir mentalmente el texto de la inscripción que ya todos imaginaban en el arco de la puerta de ese otro infierno al que habían decidido encaminarse: dejad aquí toda vileza y tomad, tomad para el camino que conduce a la ciudad doliente.

En alguna medida, aquello revivía la confianza en el plan originario del viaje, que incluía llegar a orillas del Gran Río Ganga, donde se perfilaban, a partes iguales, la eterna y libre sabiduría del alma y la definitiva corrupción física del cuerpo sometido al ardor del fuego purificador y a la asfixia de la humareda maloliente... donde la madera y la carne se fundían... donde la multitud sucumbía a la mecánica de la esperanza y la confusión se diluía sin llegar a tomar forma... donde la sucia corriente se encargaba con la fuerza de billones de bueyes a arrastrarlo todo hacia los mares del mundo... más allá de los horizontes invisibles donde se transcribía sin cesar el *moksa*. Varanasi, la ciudad doliente.

Al final, Fidelio regresó hasta donde había dejado a Castelo e insistió en ofrecerle una banana. Pero Castelo estaba muy frustrado y apenado, aparte de que a él los plátanos pasados siempre le habían producido grima. Tampoco los habían aceptado ni Domontina ni Macunaíma, gracias a lo cual, el propio Fidelio como también

De repente, del fondo neblinoso del andén surgió un carro cargado con el equipaje del grupo, que rebotaba por todos lados, a punto de desbaratarse. En la cima de la montaña de maletas, como dirigiendo el operativo desde un improvisado estríbo, iba sentada una rata con una carpeta bajo un brazo y una mano sobre un frasco de lasi con la que evitaba que cayera; a un lado, abriendo en buena medida en dos el océano de la multitud, marchaba un buey de cuyo cuerno derecho pendía un turbante como de una percha; posada sobre el manubrio del *trolley* primitivo, iba una garza blanca que sostenía con dignidad una sombrilla de encaje, abierta sobre la cabeza; y, sobrevolando la murga, venía describiendo círculos aéreos una corneja (que conste: no una mujer vampiro). El carro avanzaba en el tiempo de otro mundo, sin que se pudiera ver a nadie que lo empujara, y tras tres apariciones sucesivas y cada vez más próximas, desapareció con toda su carga y acompañamiento.

El taxidermista (que, a pesar de no haber sucedido hasta entonces, cabía pensar que lo podría haber perdido su obcecado intento de comunicarse con el mundo en su esotérico lenguaje) seguía *missing*, aunque era evidente que reunirlos a todos y ponerlos en dirección al tren había sido cosa suya (para Castelo era evidente, aunque no fuera capaz de imaginarse de qué modo lo habría conseguido) y al cabo de unos segundos el tren se puso en marcha, quizá con Orlando de pie en el techo, ondeando su pañuelo en señal de victoria, quizá

enfurruñado en un rincón de algún vagón, rumiando el última manifestación de desprecio de su alada y negra pareja. Archibalda y Domontina habían subido al mismo coche, uno de los más atestados y oscuros, donde se arrumbaron y acurrucaron bajo la mirada de un sinnúmero de pupilas que no dejaban de danzar rodeados de aureolas luminosas, donde el sudor se hacía vapor de manera penetrante y nauseabunda... Por las goteras del techo, comenzaba a entrar el agua de la lluvia en la que el tren ya se estaba adentrando como una auténtica serpiente acuática. Habían salido de la protección de los techos de chapa de los andenes, llenos de miedo y de renovada incertidumbre, y comprobaban que a la intemperie debía ya ser de noche o, en todo caso, que atravesaban una tormenta sin fisuras.

Pasó un cierto tiempo, aún signado por la imprecisión en la que habían permanecido, tal vez unos minutos, tal vez una o dos horas, cuando de repente todo se iluminó como si súbitamente se hubiese hecho de día o el cielo se hubiese despejado, descubriéndolo todo como sucede cuando se descorre el telón para el comienzo del acto siguiente del drama... Indudablemente, habían atravesado la burbuja, como había esperado Castelo. El tren, en cualquier caso, marchaba a una velocidad más que aceptable y nada parecía que lo fuera a detener hasta llegar a destino. La marcha, dando por sentado que el tren se dirigía realmente a Varanasi, debía ser de oeste a este. Castelo pegó la nariz al cristal empañado y mugriento del compartimento

ran se había acentuado. Domontina permanecía petrificada, mirando estupefacta la figura que se le abalanzaba. Pero la idea de que acudieran los soldados y los detuvieran y apalearan era aún más terrorífica. Movida tal vez por esa perspectiva golpeó con un lado de su cuerpo al hombre, consiguiendo ahogar su grito y, obligándolo con las manos a que retrocediera, le hizo perder el equilibrio. No se veía demasiado bien, pero ambos pudieron observar cómo el individuo se desarticulaba al dar contra la pared de la cabina y cómo los trozos de los que habría estado compuesto —leños independientes, según parecía— se habían desparramado en el rincón, como si hubiesen sido descargados allí desde una carretilla volcada, formando una pila que se desmoronó en seguida.

Castelo no esperó ninguna nueva reacción y apartó los leños con la pala arrancada de las manos del individuo de trapo. Luego pasó la cuerda por el interior de la camisa del otro, anudando los extremos a unas salientes metálicas próximas al techo, y después de aflojar y quitar los dos tornillos más flojos los volvió a atornillar a través de las mangas, de las que parecían haber huido los brazos, convirtiendo la ropa vacía en un espartapájaros colgante situado en el acceso a la cabina para espantar a cualquiera que se acercara con el fin de entrometerse.

Ya eran dueños absolutos de la situación. La cabina y con ella el tren habían sido tomados.

—¡Avisa a los demás... que suaban, rápido!

Domontina bajó de la cabina sin dudarlo ni un instante y corrió hasta donde se hallaban Archibalda y Macunaína.

—¡Vamos, vamos, ya está! Castelo lo ha conseguido; parece mentira... ¿no? —dijo entrecortada para acabar con un suspiro delator.

Archibalda no esperó un instante para subir de prisa al tren, ya que lo necesitaba, mientras Macunaína, librándola a su arbitrio en cumplimiento del plan, corría a su vez en dirección a Valentino, al que tuvo que darle una palmada de aviso, dado que él estaba distraído mirando hacia la sala de espera. Ambos tuvieron que arrastrar y empujar a las otras dos hacia la puerta del vagón más cercano, en el que se entreveraba justamente un ovillo humano. Todavía pretendían llevar consigo el equipaje (con todo lo que habían ido comprando dentro, como correspondía), a pesar de reiterarles que de eso ya se encargarían los porteadores... Por fin, todos se encontraron en el tren, o eso parecía... Como siempre, el menos predecible era Orlando... Y, sin duda, los que se habían transformado. Valentino, por su parte, sintiendo que había cumplido con su deber al grupo, amagó con bajarse con la clara intención de ir en busca de la chica, pero Macunaína, que lo tenía a su lado, le soltó una cachetada en la nuca que lo hizo volver al interior del tren de cabeza, mientras le decía que ya se comunicaría con ella por *e-mail*, lo que era mucho mejor que volver a verse recién en alguna de las siguientes vidas y tal vez de una manera completamente incompatible, y no sólo con relación al sexo.

Orlando pudieron repetir hasta atiborrarse sin resquemor alguno.

En cualquier caso, el sopor continuaba acentuándose, como si fuese la anestesia del tiempo que persistía en querer abandonarlos sin que lo sintieran en la carne... escurriéndose mientras los dejaba ahogarse con el mundo, bajo aquel apocalipsis tormentoso. En los etéreos instantes que siguieron, a nadie se le ocurrió ir mucho más lejos de la puerta de la sala, y volvieron a sentarse, a lo sumo, para cuchichear con el de al lado. Y los que parecieron salir de la modorra gracias a los plátanos, pronto volvieron a adormilarse, acomodándose más o menos como antes. Fidelio por su parte, tras repartir los plátanos, hurgó por fin en su maleta de la que sacó unas prendas y comunicó, como acostumbraba a hacer con sus planes por nimios que estos fueran, que iba a cambiarse de ropa, para lo cual dijo que usaría los aseos de la sala de al lado, los destinados a los hombres, según él mismo había procurado informarse antes.

De tanto en tanto, los interminables y ruidosos convoyes que se sucedían cada vez a menores intervalos, entrando en la estación como una tromba que vomitara la tormenta, ahogando con el estrépito que producían el golpeteo del agua y el redoble de los truenos así como los lejanos bocinazos y el vocerío que llegaba desde un entorno impreciso, parecían querer romper la membrana que los separaba de todo... pero la incertidumbre sólo jugaba al gato y al ratón con la tecnología y tras una reverencia y un retroceso tramposos regresaba

rejuvenecida. A veces, unas sonrisas enigmáticas y un rápido saludo con la mano atravesaba la membrana, pero era tan fugaz todo aquello que llegaban a pensar que tan sólo se lo habían imaginado.

Entonces procuraron relajarse, dedicándose a observar, con más o menos detenimiento y profundidad (atendiendo, como es de rigor, a sus idiosincrasias, el estado anímico y el grado en que se encontraban despiertos) los grupos fugaces y cambiantes que se sucedían en el escenario; intentando incluso, en algunos casos, algún intercambio de gestos y simpatías con aquellos que de repente se encontraban más a mano. Pero el resultado no experimentó grandes cambios: una que otra sonrisa amistosa, algunos cuchicheos incomprensibles y, en el límite, breves y tímidas risitas que de inmediato se embozaban detrás de unas manos oscuras y pergaminosas que subían instintivamente hasta la boca para cubrir los dientes existentes... pero, sobre todo, los faltantes. Al mismo tiempo, las miradas de soslayo que los nativos les dirigían continuaban siendo, aunque secretamente, muy desvergonzadas, algo así como las que ellos habrían dirigido de pequeños a los animales enjaulados durante una visita al zoo o al contemplar a los monstruos de una feria de paso de siglos pasados, en todo caso, temerosos de que aquellos seres extraños e impredecibles se sintieran molestos y los atacaran (eso sí: cuando el número de miembros en el grupo era considerable... las miradas eran más colectivas y menos cuidadosas). Tal vez

a causa de la brevedad de su estancia, tal vez porque fuese lo único que el tiempo permitía, tal vez debido a que ellos, los extranjeros, de tan fugaces e imprecisos, de tan desleídos para el paso veloz de los nativos por la vida, se habían convertido para estos en el equivalente a unos adornos rancios adicionales a los ya existentes en la sala; pinturas, manchas o cochambres viejas que por allí abundaban; lo cierto fue que, quizá por ello, las miradas parecieron tomarse cada vez más efímeras y menos perturbadoras... aunque nunca como entonces ésas no fueron más que puras sensaciones y apariencias ya que, desde la óptica de los nativos, esos *sahibs* de medio pelo (¡oh, lejos ya de los tiempos del Imperio!) se movían cada vez más lentamente, llamando su atención aún con más fuerza, y facilitándoles una observación desprejuiciada y libre, profundamente socarrona... Sólo los más sensibles del grupo experimentaban la sensación de estar volviéndose figuras incorpóreas para aquellas gentes y sintieron la necesidad de volver a materializarse para ellos, aunque fuese como objetos o presencias raras. Su sensibilidad estaba tan desarrollada que sufrían la misma afección que se les solía atribuir a los fantasmas condenados a vagabundear sin ser notados. (En realidad, Castelo era propenso a experimentar tales estados de zozobra, pero esta vez, acomodado en su silla, se dejó llevar por otra de sus conductas habituales: tomar en consideración los pequeños detalles para fabricar con ellos elaboradas especulaciones. Tal vez como

una medida que le dictara un esbozo de premonición, una inquietud, la construcción imaginaria de lo que prometía avvicinarse).

De ese modo, tres o cuatro intentaron establecer relaciones amistosas con un grupo de cinco nativas que mantenían junto a sí a sus hijos pequeños, mujeres y niños acucillados que parecían pertenecer a la misma casta que el guía (porque, pensaba Castelo, mientras tanto, las castas seguían existiendo en los hechos, aunque estuviesen solapadas bajo los eufemismos y algún que otro paria hubiese sido aceptado como alcalde electo, según había escuchado en algún momento, en algún hotel, en algún paseo, o como quizá lo supondría..., y que seguramente debió hacer fortuna a instancias de sacar provecho mercantil de su “destino”, esto es, de la tarea profesional congénita de manipular cadáveres —una de las posibles para “ellos”—, lo que volvería a demostrar que lo que repugna, lo que no se puede comprender, lo imperfecto, lo que unos llaman insondable y otros dicen que lo mejor es no hablar de ello... siempre hallará una cobertura racional que sirva a la construcción de una identidad digna... o segura, sensata, limítrofe con la temeridad en todo caso...).

Las habían descubierto de pronto a su lado, sin atreverse a negar o a afirmar que estaban allí desde que llegaron o se acomodaron en la sala luego, confirmando de este modo que los nacionales en realidad se sucedían unos a otros, en número y edad variables, sin duda debido a la constante y creciente llegada

flictivamente las negras ideas que se mezclaban con el vapor y que la tironeaban hacia abajo, ¡ay!, hacia abajo, hacia donde se perdían las manchas de grasa derretidas que goteaban y dibujaban garras oscuras, voraces, codiciosas. ¡Tal vez..., tal vez... de manera subliminal, acariciando ella también la idea de un renacimiento cercano, de una nueva vida, de una nueva oportunidad que, como todos, sentiría merecer! ¡Allí, donde se bate el metal, podría hallarse el secreto que Empédocles viera en las entrañas del Etna!

Pero no podía seguir perdiendo el tiempo y con dos movimientos increíbles trepó hasta la cabina, volviéndose para tenderle la mano a Domontina y asirla hasta la cabina prácticamente en vilo. Dentro estaban dos indolentes nativos, esperando la señal del jefe de estación. Sus rostros y ropas se perdían en las sombras donde se camuflaban gracias al tizne y la mugre que los manchaban, y apenas atinaron a mirarlos sorprendidos desde las pupilas negras que bailoteaban nerviosas en el blanco impoluto de los ojos suspendidos en el aire nutrido de ceniza.

—¡Quiénes son ustedes...! ¡Salgan de aquí de inmediato! —exclamó uno en un inglés macarrónico (*Jur you? Goiagüei fromhir, imitali...*), avanzando con la pala en la mano, sin que Castelo ni Domontina pudieran comprender lo que había dicho (aunque lo interpretaron como una amenaza propia de la bruja de Hansel y Gretel que les estaría prometiendo el fuego al que, si no reaccionaban, podían ir a parar mucho antes de

llegar a Varanasi, para pasar directamente al *moksa* a través de la caldera).

Castelo fue bastante expeditivo. Se colgó de una barandilla que cruzaba el techo (obviamente, desbordante de grasa, bichos muertos y hasta ese momento vivos y excrementos bastante recientes de vaya a saber qué clase de especímenes autóctonos cuyos jugos percibió en las manos) y, balanceándose mientras alzaba las piernas, empujó al hombre tras golpearlo en el pecho con los pies. La sombra cayó y su cabezota dio contra la caldera, revelando, por el sonido que produjo el golpe, la madera de palisandro, de la que sin duda estaba hecha, y permaneció allí, sin moverse, tal vez desmayado, tal vez muerto de miedo (después de todo, Castelo era un hombre blanco que bien podía ser el mismísimo Indiana Jones, con ese sombrero de explorador del trópico que llevaba, y todo podía ser una película sorpresa de Bollywood en la que él sería un ocasional protagonista y había que intentar hacer un papel acorde con lo que se esperaba de un extra), quizá lisa y llanamente inerte como un ser que hubiese perdido el espíritu que le habría sido insuflado. En cualquier caso, el cuerpo se doblaba siguiendo el ángulo que formaba la pared de la caldera con el suelo, como si se hubiese tratado de una marioneta de trapo con cabeza y extremidades de aquella dura madera. El otro alzó las manos en aparente señal de rendición... pero enseguida salió de la penumbra lanzando un feroz bramido que se debió escuchar en todo el andén, alertando a los guardias de los garrotes; el peligro de que actua-

me pregunto: ¿por qué me quieres? Pero mejor lo dejamos para otro momento; ahora lo que toca es actuar.

A todo esto, Valentino había organizado lo de los porteadores y recogido a la Familia en un frasco de lasi, y ya estaba convenciendo a Marfestela y Sarubia. Macunaíma, mientras le contaba a Archibalda la historia por segunda vez, explicándole por qué no tenía que correr a los aseos como pretendía a cada rato, la iba arrastrando del brazo para situarla en el lugar acordado. Orlando, entre tanto, seguía buscando por todas partes y ya no se sabía dónde se había metido.

Un redoble de mil palillos sobre quinientos tambores sacudió las chapas del techo. Sólo faltaba que aquello se derrumbase sobre las vías impidiendo la entrada del tren. Pero no pasó nada y cuando ya estaban a mitad de camino se encontraron con un tren que comenzaba a detenerse, ahogando el tamborileo y el gorjeo de los pájaros con un chillido feroz del acero contra el acero y varias ráfagas de silbidos. Los altavoces tronaban, pero quién podía saber lo que decían. Domontina y Castelo no se entretuvieron y corrieron para cubrir los últimos diez metros... Mientras lo hacían, la gente se arremolinaba acicateada por esa carrera, tal vez pensando que ellos debían hacer lo mismo para no perder algún asiento libre en esos vagones sin aire acondicionado y ventanas enrejadas propios de documentales del Tercer Reich, transportadoras de seres humanos, judíos, gitanos y otros indeseables que no proviniesen fehacientemente

del Cáucaso miles de años antes, o hubiesen traicionado a su sangre por cuestiones ideológicas, como esos intocables o parias que asomaban las cabezas y agitaban los brazos.

Se detuvieron, como estaba previsto, a la altura de la locomotora. En los tableros colgantes del andén, se leía "Varanasi" y muchas otras cosas que debían tener que ver con las diversas posiciones espacio-temporales y de número relacionadas con el hecho. Aunque poco importaban los detalles, todo indicaba que habían tenido algo de suerte. Y no había que desperdiciarla. El plan ya palpitaba desbocado en sus pechos.

La locomotora parecía salida de una historia de Rudyard Kipling; negra, humeante (nada que ver, por descontado, con la del Heritage y ni siquiera con la del Palace on Wheels), cubierta de lianas, hojas de palmera y cáscaras de plátanos, como si hubiese tenido que desbrozar la selva, además de mil pegotes de origen más incierto, indescriptibles, innombrables, repugnantes.

Con todo, Castelo se imaginó a Ana Karenina justo delante de las grandes ruedas de hierro, con la sombrilla blanca de Purpurina o de la dama del perrito evolucionando entre sus manecitas nobles, mientras el vestido se le arremolinaba y se manchaba de grasa al golpear la barra de acoplamiento que comenzaba su paulatino sube y baja ondulante al ritmo de la insistente rotación del cigüeñal. La veía indiscutiblemente seducida por el envolvente batir del acero de aquellas ruedas sobre el hierro de los rieles, acariciando con-

de trenes; trenes que entraban, permanecían sorprendentemente poco, apenas unos minutos, desde el punto de vista de los occidentales, y salían de inmediato casi sin un aviso distintivo, solapando sus pitidos con los de toda una decena, unos aproximándose o entrando, ellos saliendo y desapareciendo; trenes que habrían venido a esperar como ellos esperaban el suyo, con la diferencia de que aquéllos llegaban enseguida y partían cada vez más pronto, dejando las vías libres a las ratas, que salían a ocuparlas en el acto hasta la siguiente aparición del mismo u otro monstruo igualmente metálico y escandaloso e igualmente abarrotado de nativos, extraordinariamente familiarizadas ellas con aquel trajín, siempre en busca de las provisiones que para ellas habrían podido dejar en la vía los vagones y sus solidarios ocupantes...

Valentino, el mayor de los hijos biológicos de la Madre, observó igualmente Castelo desde su atalaya, conversaba entretanto con una americana que había aparecido por allí con su mochila al hombro. Los demás seguían algo adormilados y muy de vez en cuando sonreían entre bostezos, sin que hubiera una razón visible que lo motivara.

En cualquier caso, ésa fue una fase transitoria más de la prolongada espera. Por fin, hasta los más activos volvieron a apagarse y dejaron de hablar entre ellos hasta de las pequeñas cosas para esperar en silencio, en una especie de limbo hacia el que parecían viajar allí sentados en hilera. Todo seguía yendo más lento dentro de ellos, con intervalos

cada vez más amplios entre latido y latido de sus corazones, entre parpadeo y parpadeo, entre movimiento y movimiento, entre una asociación y la siguiente... dándoles lo mismo que esas caras cetrinas y esas ropas, ya de colores vivos como blancas, fueran las de hacía un momento u otras que veían por primera vez, hubiesen estado ante ellos unos segundos o desde el principio de los tiempos, los observasen o no, de una o de otra manera...

Tal vez el tren que estaba destinado a ellos fuese un tren especial, pero el retraso superaba ya toda medida. Aunque fuera lo previsible, incluso lo que se considerara natural allí.

En la primera reaparición del guía desde que se había ausentado después de acomodarlos, alguno lo detuvo y lo obligó a sentarse a su lado para hacerle en inglés una pregunta ciertamente extensa acerca del Ganga y Varanasi. Él accedió dócil pero con brevedad, demostrando un esforzado interés en comprender la pregunta con la máxima precisión, aunque respondiendo al fin algo que no se correspondía con ella... y huir de inmediato en cuanto lo hizo. Domontina le dirigió una mirada al pasar y con ella lo detuvo. Aksharma comprendió que se lo estaba interrogando y, como si tirara de un manual de instrucciones, repitió la justificación exculpatoria que había dado cuando le preguntaron durante el desayuno (o la merienda) por qué salían del hotel con tanta antelación. "Como os dije", señaló con amabilidad, "ahora (¿como un acto de rebeldía contra el viejo Imperio?) los horarios

son aproximados; los retrasos, así como los cambios de vía y andén, *very very common*, e incluso podían producirse cancelaciones imprevisibles, causadas por accidentes de cualquier tipo, o variaciones considerables del horario, debidas a “otras necesidades”. Esto significaba, añadió —con un progresivo y sutil sarcasmo—, que incluso podían ser llamados a tomar un tren enviado antes de tiempo, en sustitución del que les habían asignado, gracias a que los asientos y literas se reservaban con suficiente antelación. Las historias del guía, una vez más, resultaban un tanto alambicadas (y, para la pareja holmesiana, un tanto escabrosas y malintencionadas). Todos coincidían en que las traducciones que hacía de sus pensamientos al inglés para expresarlos no parecían estar muy en correspondencia entre sí, del mismo modo que las traducciones que haría de las preguntas de sus interlocutores, y tal vez no era sino eso lo que los confundía. De modo que optaron por dejar de hacerle más preguntas. En cualquier caso, parecía ser cierto que no había un horario definido, y que por ello los altavoces bramaban constantes indicaciones en el idioma oficial, que luego se repetían en inglés, y que tal vez hicieran las veces de rectificaciones pragmáticas: número de tren, horario, andén, número de tren, horario... siendo las últimas las que debían ser tomadas en cuenta, por lo que —añadió ufano— él estaba especialmente atento.

Poco después vieron a Aksharma meditar solo en el andén, ensimismado, por lo visto, en oscuros y apesadumbrados pensamientos, quizá debi-

dos a alguna recóndita experiencia cuyo recuerdo las incongruencias que se sucedían habían despertado en su memoria, seguramente reflatando un sentimiento de culpa... Claro que también podía estar sufriendo ante la perspectiva del inminente (¿lo sería de verdad?) alejamiento del hogar (Agra era la ciudad en la que vivía), donde vaya a saber cuántas cosas podrían suceder en su ausencia. Al verlo así, acabaron ignorándolo, conservando a duras penas la esperanza de que estuviese en condiciones de avisarles cuando los parlantes anunciaran la inminente entrada en la estación del tren que les correspondía, de modo de poder prepararse para abordarlo a tiempo.

Con todo, la sensación de que llevaban allí una eternidad siguió acuciándose. La noche, o la tarde de lluvia procelosa igualmente oscura, parecía una única fase de una estación polar o un invierno nuclear donde cabían varios días con sus respectivas noches... En algún momento, las necesidades comenzaron a apretar y varios comenzaron a reaccionar con inquietud y desasosiego, sin saber muy bien qué hacer.

En ese momento, la Madre se dirigió al grupo para comunicarles un descubrimiento extraordinario. Por lo visto, en una de sus inquietas incursiones o, tal vez, como consecuencia de una información que le habría transmitido Fidelio (que a su turno debió averiguar, preguntándole obviamente al guía, cuáles eran los aseos donde debía cambiarse de ropa, es decir, cuáles eran los “de hombres”), había dado con la sala masculina de segun-

más, aquí no parece que los trenes estén “rigurosamente vigilados”...

—¿Y las chicas? Ellas parecen no haber notado o sufrido nada... Pensarán que hemos enloquecido.

—¡No parece que lo notarás tú, ni siquiera con lo que le sucedió a tu madre y tu familia! Hum..., está claro que cada uno intenta ver las cosas como más cómodo le viene... —dijo Macunaíma con bastante retintín—. Pero... habrá que intentarlo. No sé lo que ha pasado ni dónde estamos atrapados, pero coincido en que de esto hay que salir como sea. Y también creo que si continuamos esperando acabaremos mal... Yo acepto el plan si nadie ofrece otro mejor.

—A las chicas las tendremos que engañar para que vengan con nosotros —puntualizó Castelo completamente imbuido de un espíritu proelitista—. Les diremos que el guía va delante, dando por sentado de que lo seguiremos en fila, y que deben apurarse porque el tren partirá de inmediato sin esperar a nadie. Vosotros dos, Valentino, Orlando, si os parece bien, encargaos de ello mientras nosotros nos hacemos con la locomotora. Dadles unas rupias a los portadores para que carguen todo el equipaje en el primer tren destinado a Varanasi, segunda clase, literas...; ya lo localizaremos como sea al llegar..., aunque eso ahora no es lo más importante... Valentino, Orlando, tenéis diez minutos para reunir a los despistados... y demás. Macunaíma, mira, Archibalda viene hacia aquí, parece más despejada, explícale cómo están las cosas y dile que, por más ganas que tenga, no

se le ocurra meterse en los aseos. Tú y ella en el centro, Valentino y Orlando se quedarán a la cola al volver. Nosotros vamos ya misma hacia el extremo del andén, aproximadamente donde se detendrá la próxima locomotora. Atended al aviso, no nos perdáis de vista...

Por fin, todos en una u otra medida, se sintieron con fuerzas para lanzarse “de perdidos al río...”, como dejó clarísimo el taxidermista, volviendo a presumir de su dominio del refranero español y del sentido de la oportunidad.

—¿Cómo piensas hacerlo? —le dijo por fin Domontina a Castelo mientras avanzaban.

—Con la cuerda de colgar la ropa que trajimos... La llevo en la mochila de la cámara. Y también cuento con la navaja-destornilladora que le pedí a Archibalda en el autobús en cuanto nos metimos en la niebla: intuí que habría de necesitar una herramienta.

—Hum, esto no va a funcionar...

—Espera y verás... —dijo mientras se calaba el sombrero a la manera de Indiana.

—No va a funcionar...

—Teniéndolo tan claro, no sé cómo has venido conmigo... ¿Estarás siempre en guardia y desconfiando de los demás... o el problema es otro?

—A ti hay que supervisarte. Vas demasiado seguro de todo... Además, no iba a permitir que formases equipo con alguna de otra...

—¿“Seguro”...? Yo no lo diría de ese modo. Sólo es sentido de la responsabilidad. Y si nadie hace nada, más aún... se dispara. Está claro que me quieres diferente... Por eso a veces

aceptar que esa era la realidad que se desarrollaba con o sin sentido para ella. Valentino, por su parte, miraba a Castelo de lado, con la mandíbula descolgada, y Domontina, con su mejor cara inexpresiva, volvía a tomar nota: Castelo, le parecía, y creía interpretar que Macunaíma pensaba en el fondo de igual modo, se había pasado de la raya, abriendo las compuertas a una tormenta de sangre y de fuego de la que al cabo habrían de arrepentirse.

Sin embargo, Castelo se sintió impelido a añadir un poco más de leña al fuego:

—La locomotora romperá la piel de la burbuja... Pero luego el tren tendrá que mantener una velocidad promedio superior a la de su crecimiento...

—¿Cómo puedes contar aquí con garantías de profesionalidad...? —terció Domontina—. Con las “instalaciones eléctricas” que tienen, como las que vimos en todas las esquinas, no se puede descartar que el tren se detenga durante la noche en mitad de la nada... por falta de leña o por la pérdida de algún tramo de vía... Aquí, hasta las escobas de las brujas pueden caer a tierra de improviso, fulminadas por alguna súbita interrupción de la energía. O puede que acabe en el centro de la tierra a través de un socavón... O que nos meta en otra burbuja... y se quede circulando dentro... ¿Acaso haya alguna ley de la Razón que lo prohíba? ¡Todo lo contrario: la Lógica dice que, puesto que hay una, no tiene por qué dejar de haber al menos otra, y que, si son burbujas, deben ser esféricas...!

Al fin, tras unos segundos de silencio que en una repentina ausencia de convoyes volvieron a dar protagonismo a la tormenta, a los pájaros y a las carreras sin concierto de ratas entre railes y traviesas, Macunaíma dijo:

—Está bien, puede que no nos quede otra alternativa... ¿Pero cómo vamos a hacerlo? No nos dejarán... hay soldados armados con fusiles y guardias con palos largos por todas partes... ¿Habrás pensado también el final de la historia o es que...?

—La propia burbuja nos ayudará. Su inercia nos protegerá del mundo del que nos quiere expulsar...

—¡Ja, ja, ja...! —exclamó Orlando poniendo caras raras—. ¿Y si nos explota en las narices? Además, yo sin mi chica no me voy, aunque se haya convertido en un diablo con cola y cuernos...

—¡O en un murciélago! ¡Vaya, Orlando, por cierto, antes al pasar creí ver a Colmilla en un rincón, colgando de una viga boca abajo...! Sus orejas puntiagudas eran inconfundibles...

Orlando hizo una mueca escéptica que le deformó la cara una vez más; indudablemente había imaginado la escena y eso le había causado verdadero asco y rabia, y se sintió impotente ante el burlador. Contra las expectativas de Castelo, la maliciosa provocación de Valentino lo había acobardado al proporcionarle la imagen que él mismo se había compuesto hacía tiempo.

—La burbuja... —continuó Castelo— hará que nos vean como fantasmas deambulando sin rumbo. Ade-

da clase, que, aseguraba “era otra cosa” —lo cual explicaba, con precisión, que fuera exactamente “otra cosa”; en concreto, la sala de la primera subclase de la segunda clase, como habría dicho Groucho Marx, y que los británicos no vieron con desagrado instalar, en sus gloriosos días del Imperio, para “contentar a los nativos” con algo indudablemente “sensato”...—. (Sólo en ese momento, el propio Castelo, con toda su perspicacia, comprendió por qué estaban rodeados en exclusiva por mujeres y niños... y por qué en esa sala todo era de cuarto, más que de tercer orden... ¡Claro, se dijo, por eso estaban allí, juntos al margen del sexo de cada uno, de manera “más aceptable” de lo que lo estarían en la sala contigua!, ya que, ¿cómo disuadir a los *sahibs* —al menos mientras las relaciones de equilibrio les siguieran siendo favorables— de permanecer juntos..., es decir, mezclados...? Y pensó que, por suerte, Domontina, reluciente a todo lo que viniera de “la maestra”, no se había detenido a pensar en eso, porque de lo contrario... habría sido ella la primera en cambiarse, como un acto de reivindicación de “la Mujer”, y claro, del único modo posible: pasando a formar parte del mundo de “los Hombres”).

De modo que había venido a compartirlo generosamente con todos para que se trasladaran: “Al menos”, señaló al ver lo amodorrados que estaban todos como para secundarla, “eso es lo que vamos a hacer nosotros ahora mismo”, indicándole con un gesto a Valentino, el mayor, “el organizador”, “el guapo de la Familia”,

que podía continuar allí un poco más en procura de lo que pretendía, que no se diera prisa, que le guardarían un asiento. Y, con grandes aspavientos danzarines, comandó el traslado a tierra prometida de la familia de los Valentinos, a la que se sumaron el hijito adoptivo de la Madre, rebautizado Querubín, porque a su criterio docente era lo que mejor le iba, y Recato, que, más allá de las comodidades (ronquidos nocturnos incluidos), prefería seguir junto a su compañero de cuarto, Fidelio, que ya debería de estar allí, esperándolo con ropas secas y guardando los asientos con firmeza taurina. Era evidente que la Familia estaba ya adquiriendo la dimensión de un clan, tal y como pretendían los planes docentes. Y era también evidente que a la Madre no le importaba que la presencia suya fuera mal vista por todos esos “hombres del Tercer Mundo”..., que no le impedirían entrar y permanecer, por mucho que lo quisiesen imponer sus dioses. O que ni siquiera pensó en ello, dado que a ella, como diosa de “La Razón” que era, no le cabría en la cabeza poner en duda lo que había aflorado a ella como “lo bueno” y “lo justo”.

—Es obvio que esa mujer sigue las pautas de una antigua saga —le susurró Castelo a Macunaíma, que se encontraba cerca de él en ese instante, quien lo miró inquisitiva y un tanto estupefacta—. La saga de “los hermanos jurados”... —continuó casi para sí mismo—. Es evidente que responde a la costumbre celta del *fóstri*.

—¿El *fóstri*... y eso qué es? —exclamó Domontina, en voz lo suficien-

temente alta como para que la Madre la escuchara y se volviera como disparada por un resorte, a punto de lanzar llamaradas lacerantes por los ojos.

Castelo se volvió de inmediato, sin poder dejar a Domontina expuesta, e hizo como si estuviese ocupado en otros menesteres, mirando al techo, a una nativa que con los dedos le expurgaba los mocos a su niño pequeño para sacudir la mano luego, hacia el suelo, para desprenderlos...

—Sh... ya ves; se ha dado cuenta... Ella lo sabe; sabe perfectamente de qué hablo... Lo lleva en la sangre; una especie de sangre gitana... Restos de los tiempos remotos en los que los indoeuropeos eran asiáticos y se separaron para ir unos al este y otros al oeste. Restos que se reflejaron en las sagas...

—La Saga de Gínsli y Súrsson —dijo aproximándose Macunaíma, que, como aclararía luego, también había estado en Islandia..., “aunque no creía que el mismo verano en el que hubiese ido Castelo...”, agregó también, por si acaso, cuando Domontina replicó que ella nunca había estado allí...

Pero Castelo prefirió dar por zanjada la cuestión.

—El clan ya es sólido. ¡Ése es el plan!

Al rato, Orlando, que en aquel momento estaba en la entrada, observando el ajeteo que se desarrollaba en los andenes, vino con la noticia de que la Madre, cuando se encontraba justo a mitad de camino, atacada por lo visto por el ya conocido cosquilleo que le solía dar en las piernas, como ya se había manifestado, se había

marcado un bailecito repentino, concitando la atención risueña y hasta festiva de los nativos que iban y venían como simples siluetas fantasmales. Por lo visto, aquello había logrado demorar la salida de los trenes que esos pasajeros se dirigían a abordar. Aunque no demasiado. Orlando dijo haber visto cómo, mientras ella evolucionaba en círculos, aquellas siluetas fantasmales acababan despedidas hacia la periferia, como si las expulsara un torbellino con vórtice en el centro de la danza, y terminarían engullidos por las puertas y las ventanillas a la vez que el tren escapaba de allí como una tromba que en un instante se perdía en la tormenta.

No obstante, no podía ser que el problema afectara al mundo sino a ellos. Castelo, Domontina y Macunaíma estaban convencidos. Que los nativos aparecieran y desaparecieran en cuestión de segundos, dejando apenas una estela, un perfume de especias, una mirada furtiva, un grácil gesto de despedida con la mano, una sonrisa un tanto socarrona... antes de perderse en el oscuro interior de los vagones, tras las rejas de los ventanaucos sin cristales... debía obedecer a que eran ellos los que se estaban perdiendo. Como en *El mundo invertido*, señaló Castelo: “No nos podemos confundir como ellos”. Orlando acababa de verlo por sí mismo, pero insistía en atribuirlo a la colitis que había estado sufriendo todos esos días, como sostenía Colmilla, su pareja. “No”, dijo Castelo, sin poder evitar renunciar él tampoco a las conclusiones a las que había llegado, por mucho que indispusieran a su querida Domontina,

una y lo otro son nuestros dos atractores! Pero, como dijo Valentino... —retomó el hilo de repente, incapaz como siempre de dejarse algo en el tintero—, nuestro tren podría no llegar nunca porque, simple y llanamente, pase, o haya pasado ya, de largo, y sin que podamos ni enterarnos. Me refiero a que podría haber tomado una curva externa a la burbuja, bordeándonos a una distancia dimensional y espacio-temporal que nos resultaría infranqueable, deteniéndose, en todo caso, en una estación paralela a ésta, situada en el mundo del que estamos siendo separados... y que, si optáis por ello, acabaríais contemplando desde las vigas, agitando las alas y trinándole a la lluvia, o mugiéndole a su paso desde el campo, o arremolinados entre las traviesas y las vías como ratas asustadas...

Macunaíma dio un salto manifiesto y fue a parar de cabeza al bote.

—Pero, por si fuera poco, nunca llegaríamos a saber que se tratara del nuestro. Porque, ¿quién tiene el modo de saber cuál es nuestro tren...? Amigos míos, estamos convencidos —y miró con dulzura a Domontina— de que el guía no tenía el menor interés en abandonar Agra y que por eso no quería que saliésemos de la estación..., al menos tal y como éramos al llegar a este mundo..., cosa que para él... no merecemos conservar.

—¡Exacto: se ha llevado los billetes! —dijo Domontina, sumada por fin del todo, o casi del todo, al plan... lo que provocó un hondo suspiro de alivio en Castelo.

—Lo único que le interesaba a él era alcanzar el *moksa* —reconoció Valentino.

—Por eso, amigos... por eso... ¡tenemos que abordar un tren..., cualquiera, el primero que se detenga en la estación con dirección a Varanasi, y secuestrarlo!

—¡Yo me apunto: ya verán esos fumadores de guano! —rebuznó el taxidermista, poniendo en alerta a Castelo. “No”, pensó, “no es lo más indicado”.

—¿Por qué... no...?

¡Vaya!, era evidente que había recibido su pensamiento (¡un fenómeno que sólo experimentaba de tanto en tanto con Domontina!), aunque Orlando mostraba no haberse dado cuenta y parecía considerar, simplemente, con su atolondramiento habitual, haberlo oído... ¿Cuestión de idiosincrasia, de mutación en ciernes o un efecto insólito más de la burbuja? Y evitando mostrarse sorprendido le dijo:

—Te necesito en la retaguardia, amigo... Allí es donde la batalla será más dura...

El taxidermista, no obstante, no abandonó la excitación que lo había inflamado. Con el pañuelo azul y rojo ceñido a la cabeza, su rictus amenazante era propio de un facineroso trastornado dispuesto a recorrer las calles atestadas de la India con ansias de embalsamar peatones. Macunaíma, que hasta ese momento parecía ser la única que había disfrutado con lo que debía creer una buena broma o una buena fantasía, borró de su rostro la sonrisa y permaneció perpleja y cavilando. Estaba comenzando a

apropiado, pero en cuanto estuvieran lejos de todo ese galimatías inaudito intentaría explicárselo: en ese instante, Castelo había acariciado la idea peregrina de convertirse en un profeta con arraigo, para lo que construyó mentalmente un episodio en el que regresaba a ese país psicodélico y, tras dejarse la barba, aprender a andar descalzo sobre lo que fuese y vestirse con las ropas apropiadas, elaboraba un mito que le permitía conquistar la lealtad de los cuatro incondicionales requeridos para comenzar... Y ante aquellos cuatro pares de ojos abiertos como platos que esperaban su respuesta, tomó aire con la intención de soltar el *finale*...

—¡Esos cabrones nos quieren esclavizar por haberles hecho fotos! —volvió a interrumpirlo Orlando de repente, obligando a Castelo a volverse asustado, creyendo que había rebuznado un burro—. ¡Eso fue lo que le pasó a John Lennon y a los *hippies*!

—Está a la vista... sí... —continuó Castelo, al darse cuenta de que lo miraban como a un loco al que no había cómo ni adónde seguir—. ¡Necesitamos algo más rápido que nuestras piernas o las de cualquier cuadrúpedo! ¡Y que tenga la potencia suficiente como para romper la piel de la burbuja! ¡Necesitamos un tren..., una locomotora enorme...!

—Pero nuestros billetes sólo pueden servir para un tren concreto y unas literas concretas, las que tenemos asignadas; esto no puede ser de otro modo ni en este país ni en ningún otro, y menos con un sistema ferroviario heredado del Imperio —sostuvo Domontina.

—¿Y si nuestro tren pasó hace tiempo sin que nos diéramos cuenta... —dijo Valentino, con vistas a cubrir todos los huecos que pudieran poner en peligro lo que fuera que debía ser organizado—. Si fuera así, no llegaré nunca...

—Todo esto es demasiado complicado... —dijo Orlando, no necesariamente con referencia a lo anterior, ya que en ese momento estaba mirando al techo, como si buscara algo entre las vigas.

—¡Sin duda, sin duda, cabría muy bien que fuera así! —aprovechó Castelo, un poco malhumorado por las dificultades, pero aceptando estoicamente el reto que ponía a prueba su habilidad proselitista al tiempo que aprovechaba, como de costumbre, para ajustar y ampliar su tesis, de modo de incluir la posibilidad que Valentino había introducido—. ¡Muy buena observación, Valentino; menos mal que no te fuiste con los tuyos! Si nuestro tren estaba suficientemente lejos cuando llegamos aquí, posiblemente saliendo de Calcuta, quizá de Katmandú..., o si se hubiese detenido o retrasado por encima de un determinado punto, podría haber tenido problemas para acercarse, si quiera tangencialmente, a la burbuja... ¡Sí, también eso podría suceder: que se parezca al magnetismo! Si os habéis fijado, los trenes que entran en la estación tienden a ser expulsados cada vez más pronto de nuestro entorno cercano... expulsados o rechazados... ¡Los trenes y los indios tienen la polaridad de la burbuja y nosotros la contraria... algo que, dicho sea de paso, debemos aprovechar, dado que la

“no es cuestión de platanitis ni de retortijones, ni nada derivado de la química o de la biología; el tiempo del mundo, de este mundo, nos está dejando atrás a una velocidad creciente, y si no hacemos algo pronto, acabaremos perdiéndolo y perdiéndonos para siempre. No olvidéis que el aeropuerto y los aviones para volver están allí...”. Domontina recurrió a Macunaíma en busca de complicidad: todo eso era una fabulación. Sin embargo, algo extraño sucedía, y fuese lo que fuese, había que hacer algo, ¿pero qué? “Para empezar: no abandonarnos, no claudicar...”, dijo convencidísimo Castelo (lo que gustó bastante a Domontina, provocándole cierta perplejidad).

No pasaron más de unos minutos para que Castelo pudiera señalar lo que llamaría “la primera desertión”.

—¿Dónde está Purpurina? ¿Acaso se reunió con la Familia?

—Yo no la vi salir... —dijo Macunaíma.

—Yo juraría haberla visto entrar en los aseos hace... hace... —No podía precisar, ninguno era capaz de hacerlo, pero era posible que fuera apenas unos momentos antes.

—Y no salió, ¿verdad? —insistió Castelo.

—Hum, iré a ver si tiene algún problema —dijo Macunaíma levantándose.

—Vamos todos... No vaya a ser...

—Pero Macunaíma los detuvo con el gesto severo de quien sabía bastarse sola y no le sentaba nada bien que eso no quedara perfectamente claro mientras los otros dos miraron estupefactos e indecisos a Orlando,

quien había sugerido la expedición conjunta, como acusándolo de llevar las cosas demasiado lejos. Por fin, los cuatro llegaron juntos hasta la zona que hacía de antesala a la más interior de los wátters ocultos tras una de sus paredes y Macunaíma se adelantó un poco, llamándola por su nombre con una pizca de angustia e incertidumbre.

—¡Vaya, cómo huele: diría que a leña y carne chamuscada! —comentó mientras metía la cabeza para llamar luego, con notable aprensión—: ¿Purpurina...? ¿Va todo bien?

Un batir de grandes alas golpeando contra las paredes de uno de los apartados fue la única respuesta desde el otro lado del murete. Entonces, obligándolos a retroceder y hacerse a un lado para dejarla pasar, se abalanzó fuera una enorme garza blanca que corrió alborotada hacia el andén. Reaccionaron enseguida, a pesar de la sorpresa, y la siguieron a la carrera mientras los demás los miraban inexpresivos, desde la somnolencia y el desdén. A todo esto, la garza había atravesado la puerta de la sala y ya estaba en el andén, al borde del hueco de las vías, indecisa entre dejar caer la sombrilla blanca que todavía sostenía bajo una de las alas o batirlas y abandonarla allí. Se agolparon tras ella pero se detuvieron, sin animarse a tocarla, al no saber nada de pájaros y de sus reacciones.

—¡Purpurina! —le gritaron a pesar de todo, pero la garza, ignorándolos o temiéndoles a su vez, como a todos esos occidentales, soltó por fin la sombrilla blanca, “hundió la cabeza entre los hombros” y, batiendo

las alas con fuerza “hacia adelante” se lanzó a volar hacia las nubes. En cuestión de segundos, Purpurina atravesó las aberturas que remataban el techo del andén, donde comenzaban a montar guardia unos extraños pájaros negros que apenas se apartaron lo suficiente como para dejarla pasar hacia las nubes negras y la masa ingente de agua que la engulleron al momento... De inmediato, más pájaros negros se aposentaron en aquellos huecos así como en las vigas próximas que servían para sostener las chapas onduladas de los techos. Se multiplicaban como si de cada uno que se posaba nacieran enseguida dos copias, una a cada lado, sumándose al gorjeo desahogado y ensordecedor, sumiendo a la estación entera en un creciente y poderoso griterío que recordaba la famosa película fantástica de Hitchcock, donde al menos acababa volviendo todo al comienzo con la misma falta de sentido con la que aquello había comenzado, porque ni tras aquella absurdidad dejaría de olvidarse el miedo. ¿Acaso oficiaban de coro de los cielos tempestuosos saludando la llegada de aquella reina blanca a sus dominios...? ¿O estaban allí a modo de guardianes, dispuestos a impedir que alguien más intentara escapar de aquella increíble y atrevida manera, desesperada e instintiva?

Sí, de eso se trataba, según Castelo: el instinto los estaba empujando a escapar de allí como fuera, bajo la forma que fuese, con tal de no perder el mundo conocido... Su teoría se estaba consolidando paso a paso y pronto estaría lista para ser expuesta.

La llegada y la partida de los trenes eran cada vez más rápidas y su permanencia en los andenes más fugaces, el andén continuaba alimentándose de grupos que bajaban sin cesar por las escaleras, la mayoría para acucillarse unos instantes en uno u otro sitio, para desaparecer a expensas de nuevas materializaciones, sus siluetas sin apenas volumen, recortándose cada vez más planas entre las demás, como cartones perfilados a contraluz. Los pasajeros nacionales (y tal vez de algún que otro mochilero adaptado de algún modo a ese mundo, vaya a saberse desde cuándo) subían y bajaban en cámara rápida, dando tan poco tiempo para distinguirlos que parecían ser los mismos los que subían o bajaban hacia adelante que los que hacían lo contrario hacia atrás a instancias de un rebobinado hecho efectivo, enormes maletas y grandes fardos sin volumen evidente desaparecían sin explicación por entre piernas y brazos o junto a mil diversos bultos por huecos inverosímilmente pequeños y estrechos que se abrían y se cerraban en milésimas, tal vez para volver a sus dimensiones originales una vez del otro lado... Los rostros de la muchedumbre se hacían indistinguibles y todos parecían meras copias proyectadas del mismo individuo que aparecía por todas partes y desaparecía por otras cargando y descargando cosas que cambiaban de forma y se volatilizaban o aparecían de la nada de repente... Hacia los lados, por donde el andén se extinguía, el espacio se cerraba bajo furiosas cortinas de agua que se arremolinaba al viento de la tormenta.

a pesar de todas las vacunas existentes o que pudieran fabricarse o desarrollarse en Occidente... En nuestro caso, además, a diferencia de en *El mundo invertido*, ¡ah!, ¿no lo habéis leído...?, ¡bah!, no importa, ya os lo contaré alguna vez, no cabe mantenernos en el “Óptimo” sobre la base de un trabajo sin sentido, como desmontar y montar raíles de atrás hacia adelante en espera de un milagro... Aquí, permanecer inmóviles y a la expectativa, esperando un milagro, sólo nos puede conducir a *moksa*, a ser seducidos por la llamada del *upliftment*; es decir, del éxtasis...

—¿Éxtasis? —exclamó Orlando en un raptó participativo que en otra ocasión habría conseguido arrancar algunas sonrisas—. ¿Éxtasis? ¡Pues mira, sabes cómo te lo digo... será eso, seguro! ¡Cosa del *cannabis*, sí señor! ¡Del canuto, sabes cómo te lo digo, el que te debiste fumar con algún gurú de Pushkar...! ¡Vaya: este tío flipa cosa fina; y además se lo monta en *inglis*, como para que nos enteremos! —Y de inmediato se volvió a sumir en hoscos pensamientos, como si sólo hubiera sido arrancado de una pesadilla a causa de una mala postura, para volver a ella de inmediato al corregirla.

—Los compañeros de ruta que se han transformado lo evidencian: la reencarnación es la “salida” que se nos ofrece... para quienes la prefieran..., pero para mí ésa no es sino la otra cara de la trampa oriental que se nos ha tendido. Sea como fuere, se trate de una burbuja verdadera o de alguna artimaña mágica de los Sharma, a cuyo clan, como os consta,

pertenece el guía..., y sin necesidad de que me reitere acerca de la existencia de un complot tercermundista y cosas por el estilo que la mayoría prefiere desestimar por aquello de “la mala conciencia”... —y miró a Macunaíma de reojo, viéndola fruncir el ceño, mientras Orlando daba un paso con aparentes muestras de querer fundirse con él en un abrazo solidario—, lo que me atrevo a garantizar es que, para conservar el aspecto y las facultades que consideramos superiores y apreciamos tanto, sólo cabe que nos alejemos lo antes y lo más rápido posible, con inteligencia y valentía, del epicentro del fenómeno que es esta estación de Agra... antes de que nos lleve a una situación infranqueable... como... como la que experimentó el mencionado “mundo invertido” cuando llegó al mar Océano... ¡Oh!, bien, alguna vez os lo contaré, si la ocasión lo permite... En cualquiera de los casos —insistió—: “*Awake, arise or be for ever fall'n*”, como dijera Milton.

—Bien, dejando de lado que se hayan trazado planes maléficos contra nosotros, y no digamos que “tercermundistas” —dijo Macunaíma, con su habitual predisposición a considerar al mundo como algo fundamentalmente empírico—, lo que está pasando no me gusta nada. A mí siempre me produjo escalofríos lo que le pasó a Gregorio Samsa al despertarse una mañana. De modo que concretemos: ¿qué podemos hacer para salir de aquí lo antes posible...?

Castelo le guiñó el ojo, pero nunca supo si ella llegó a comprender la causa. No era en absoluto el momento

vez que la Ciencia se saldría de los marcos que ella misma había definido para sí con el fin de romper la resistencia de la gente o para darles algo que les sonara mejor. ¿No había reconocido Platón el valor de las mentiras piadosas? ¿No había apelado Galileo, con evidente falta de escrúpulos y repugnancia, a la magia de la *gravità per especie* y el *horror vacui*, con tal de vencer a los defensores aristotélicos de la aún rudimentaria tensión superficial? ¿No había reconocido Wittgenstein que daba igual, dado que la mística, fuese como fuese, acababa por “mostrarse”? Sin lugar a dudas, tanto la filosofía como la ciencia habían sido pragmáticas y siempre más fieles a “otras cosas” que a “la verdad”. Es más, si lo habían sido a esta última fue siempre en nombre de esas “otras cosas”, de esos “otros intereses”, de ese “instinto”, como dieron cuenta de ello las reiteradas y definitivas palabras de Nietzsche, el sepulturero de Dios y de la Filosofía, y las rocambolescas y tendenciosas prácticas de Galileo, fundador, entre otros, de la Ciencia Moderna, mediante la que se había revivido y reencarnado a Dios. El conocimiento tenía valor sólo si demostraba ser útil, y sin duda la mentira hasta ahora se había llevado siempre la palma. Y es que ahora lo importante era formar un comando organizado que les permitiera a todos escapar de allí... de ser posible, sin tener que convertirse en otra cosa...

De modo que Castelo, atendiendo al eslabón más débil, tomó distancia respecto de lo que había dicho un momento antes:

—Que en el epicentro huele a leña y a carne chamuscada, como observó Macunaíma, lleva sin duda a pensar que la burbuja provenga del Ganga y que hubiese llegado hasta aquí empujada por el viento. Pero eso no querría decir que el mundo paralelo sea el del *moksa*, como debió conjeturar el guía. El *moksa* también pertenece a nuestro mundo, la India pertenece a nuestro mundo, las ratas y el horror, la crueldad y los sueños llenos de esperanzas... Aunque no lo parezca, aunque no lo queramos aceptar. El mundo alternativo que amenaza con fagocitarnos tiene que ser algo completamente diverso, imposible de ser imaginado de ninguna manera. De lo contrario, formaría parte de este mundo, ¿no os parece?

Castelo observó que las expresiones se habían hecho más condescendientes. No obstante, parecía faltar algo más de sal y de pimienta:

—En todo caso, un mundo como el que los rectificadores budistas introdujeron en los *dárshanas* hinduistas y del que sólo dijeron, porque indudablemente no podían dar pistas concretas: “Hay una condición donde no hay tierra, ni agua, ni aire, ni luz, ni espacio, ni límites, ni tiempo sin límites, ni ningún tipo de ser, ni ideas, ni falta de ideas, ni este mundo, ni aquel mundo. No hay ni un levantarse ni un fenecer, ni muerte, ni causa, ni efecto, ni cambio, ni detenimiento”, lo que demuestra que esta anomalía no es la primera vez que sucede por aquí. En un mundo como ese —continuó, agregando agua a la salsa—, no podríamos hacer turismo ni siquiera con una mascarilla en la cara ni podríamos sobrevivir

Estaban observando todo aquello cuando, en un ramalazo del temporal, la cortina de la lluvia, que encajonaba el andén como si fuera un escenario, se abrió por un instante en dos, dejando a los lados las respectivas secciones del telón de la tragedia, como si éste se hubiese descorrido por un error del tramoyista rápidamente subsanado, y vieron o creyeron ver a la distancia bailar durante unos segundos el turbante rojo de Fidelio, ¡basculando en la punta de un cuerno que oscilaba! Fue un destello, luego la visión desapareció bajo el telón de la lluvia, dejado caer de nuevo con furia, agitado por violentas ráfagas cruzadas de aire... aunque Macunaíma dijo señalando hacia allí:

—¡Es un rabo que se mueve como un limpiaparabrisas suspendido en el aire!

“¡Pues ya tenemos otro caso!”, dedujo Castelo, pese a que por más que miraba no distinguía nada (le pasaba lo que con los monos que todos veían en los árboles menos él), pero lo reiteró en voz alta:

—¡...Otro caso!

En ese momento vieron que Valentino estaba junto a ellos. Tras unirse por un rato a la Familia, había salido de la sala para “tomar el aire” y echar... “una ojeadita” porque... “estaba preocupado”, según explicaría sin que nadie se lo preguntara. Y aseguró, mientras señalaba hacia el final del andén, que lo había visto todo; “con mis propios ojos”, como añadiría.

—Lo vi cuando salió... —balbuceó Valentino—. ¡Era Fidelio!

Por lo visto, Fidelio había salido de los aseos de la sala contigua des-

provisto por completo de ropa, pero para nada del modo en que apareciera en la radiografía que la vestimenta hindú completamente empapada había mostrado antes. En ese sentido, ahora llamaba menos la atención, al aparecer ni más ni menos que como un fornido buey gris, al que los nacionales le abrirían paso en el andén con más indiferencia que respeto. Valentino lo había visto andar a buena marcha por allí, en dirección al extremo del andén, por donde lo perdió de vista bajo la lluvia, que por lo visto echaba en falta después de la excursión. Tranquilizaron a Valentino: ellos estaban más que predispuestos a creerle, así como de admitirlo en el grupo de los que no pensaban resignarse. Y en seguida le contaron lo sucedido con la garza, que a diferencia de Fidelio había tomado vuelo. A continuación, Castelo propuso ir a ver lo que opinaba la Madre y el resto de la Familia, que ya estaría haciendo planes... Después de todo, habían demostrado una notable predisposición al liderazgo desde el principio del viaje, y quizá desde el mismísimo nacimiento del tiempo. “Ellos debieron ver al buey y estarán preocupados”, señaló en voz alta. Valentino reflexionó un momento y soltó una carcajada:

—¡Sonreían encantados a su paso! ¡Lo supieron apenas escucharon el mugido que salió de los lavabos y enseguida se alegraron! ¡Miraban a Fidelio satisfechos... incluso con envidia! ¡Ay!, sobre todo mi madre; aunque entonces pensé que se trataba de una de sus habituales reacciones nerviosas y que estaría a punto

de marcarse otro bailecito —y de repente—: Bien, luego nos vemos, chicos... —y entró en la sala.

“Esto sí que es platanitis”, se dijo Domontina, guardándose de insistir, segura de sí misma, pero decepcionada y resentida.

En ese momento, el guía se materializó junto a ellos, de espaldas, tras venir retrocediendo de ese modo. Lo miraron inquisitivamente mientras él mantenía la mirada perdida tras el rastro fantasmal del buey, cuyo contorno trasero parecía seguir viendo más allá del alcance de la vista, como hipnotizado por el movimiento de compás del rabo, ya invisible, que seguía aún con movimientos equivalentes de la cabeza. Además, sus cabellos denotaban que en algún momento debió adentrarse tras el animal bajo el agua, quizá para seguirlo, tal vez para detenerlo... De sus labios entreabiertos escapaban unos eventuales rezos, quedos e incomprensibles, en el trabajoso inglés que utilizaba para hablar con ellos. Más o menos lo mismo una y otra vez, entre reiterados Ram-Ram que repetía como parte de la iteración y hacía coincidir con las inclinaciones de la cabeza hacia los lados... Acercaron el oído a sus labios y escucharon:

—Ram... ram... todo más rápido, Ram, ram, es la hora... Ram, ram, todo más cerca... Ram, ram, para bárbaros y renegados... Ram, ram, arripiéntete Aksharma... Ram, ram, has pecado... Ram, ram, es la hora... Ram, ram, la hora... Ram, ram, alabado Ram... Ram, ram, alabado Ram...

Ya en la sala de espera, hasta donde lo siguió la compañía, se dedi-

có a palmear uno a uno a los miembros de la Familia Ampliada. No decía una sola palabra pero lucía la sonrisa cándida y bondadosa de todos los nativos que obligaba a que se la devolvieran con otra, imitándolo lo mejor que pudieran... cosa que hacían los seis por lo visto de buen grado, con complicidad. Al terminar, se dirigió a los aseos en los que desapareció...

Pasaron unos segundos cuando vieron a la Familia Ampliada ponerse de pie de un salto y volverse hacia la pared con la cabeza reclinada y las manos en señal de *námaste* mientras algo pasaba raudo por debajo de los asientos.

—¡Una rata, cuidado! —gritó Macunaíma, al tiempo que Domontina se hacía contra el vano de la puerta sin saber dónde podía meterse, a qué subirse, hacia donde escapar...

—¡Un poco de respeto! —dijo la Madre volviéndose hacia el grupo visitante con severidad, el dedo índice en alto.

Entretanto, la enorme rata ya saltaba del andén a las vías, mezclándose con las demás que pululaban por allí, quizá olvidando el arrepentimiento por haber sido servil en la pasada vida que lo había empujado, tal vez henchido de prometedora y virtuosa beatitud.

¡Una rata, je...!, se dijo Castelo sin dudarle. Porque, ¿acaso había entrado alguien más a los lavabos?

En cualquier caso, los hechos eran demasiado evidentes. Estaba claro que había que tomarse las cosas muy en serio y buscar una salida lo más inmediata y efectiva posible: esperar simplemente el tren que tendrían

—... La Ciencia afirma que el multiverso está dividido por membranas que preservan sus diversos mundos unos de los otros, pero esto que sucede a nuestro alrededor pone en evidencia que esos mundos pueden, como las células, extender pseudópodos invasores que entran en sus vecinos al modo de burbujas. Pues eso es lo que creo firmemente que sucede: en esta Estación hay una burbuja de esas, una burbuja dimensional que nos atrae hacia otro mundo...

—¿Por qué sólo a nosotros...? —señaló Macunaíma.

—Quizá porque el mundo paralelo colindante tenga... ¿gravedad selectiva...? No todos los hechos pueden estudiarse dentro de la misma ciencia, y los detalles desaparecen en cuanto se apela a la Teoría del Todo. La cadena de reencarnaciones, por ejemplo, sólo puede explicarse como una consecuencia personal e inconsciente del miedo a ser absorbidos. La desesperación lleva a buscar cómo seguir en este mundo como sea, aunque para ello haya que morir para luego renacer, reencarnándose en animales más simples, de instintos elementales, más capaces de permitirnos continuar en el mundo conocido del que no queremos ser expulsados. Todo eso será mejor estudiado en el marco de la psicología, de la antropología, de la sociología...

—¿Por qué a los indios les pasa lo contrario? —insistió Macunaíma.

—No sé, quizá porque nosotros, lamentablemente —se le ocurrió a Castelo sobre la marcha, volviendo a refugiarse un tanto en la física, su

fuerte, y otro en las analogías, muy de su gusto—, no tengamos la misma polaridad que las personas y los objetos de este mundo, sino la contraria... Que ellos serían rechazados por la burbuja del mismo signo como los polos magnéticos iguales que se rechazan entre sí... mientras que nosotros...

—¡Pamplinas! —exclamó Domontina, sin poder contenerse (nada le molestaba más que la especulación... ajena... y esas ententes que se formaban sobre la base de esa dialéctica... en especial si ello la dejaba fuera)—. ¡Pura y simple platanitis, contaminación, contagio...!

Castelo echó un rápido repaso a los rostros que tenía delante: Valentino lo miraba socarronamente, pero parecía reconocerse superado por los acontecimientos y no hallar ninguna alternativa que pudiera oponerse a la fragmentaria narrativa de Castelo; Macunaíma permanecía con la boca abierta, Castelo ya había podido comprobar que ella era sensible a los productos de la imaginación siempre que parecieran verosímiles; por fin, Domontina ya había sacado sus propias conclusiones detectivescas y no sería sencillo que las abandonara aunque sólo fuera por poner a los demás en un aprieto: eran sus señas de identidad y la mejor pomada que podía aplicarse a la piel para no ser invadida ni sentirse desintegrada.

Castelo comprendió que “la verdad” no bastaría pese a que la Ciencia estaba más de moda que nunca. Había que probar con otros ingredientes. Después de todo, no sería la primera

salieran lo antes posible, si aún era factible, y decidieron hacerles señas desde fuera. El taxidermista, no obstante, se había encerrado en sí mismo y no dejaba de repetir “es mala...”, “es mala...”, lo que los llevó a recordar la enésima pelea que se había producido esa mañana en la pareja. “Yo sólo veo a tres de las chicas”, dijo Valentino. “¿Tres, cómo ‘tres’?”, reaccionó Orlando y se metió dentro de nuevo. En efecto, lo que se había imaginado: la que faltaba era su compañera Colmilla. Y sin dudarlo, sinceramente arrepentido de nuevo, se zambulló en el interior de los aseos, sin importarle que fuera el de mujeres o que representase un riesgo, para salir igualmente despavorido al rato, tal y como había sido al entrar, con el pañuelo en la cabeza y todo. Castelo se rascaba la cabeza: “¿Cómo es que a éste no le pasa nunca nada y entra y sale de la burbuja tan campante como entró y salió del resfriado, la colitis y los plátanos?”. Y se imaginó que debía tener embadurnado el estómago con la pasta que usaba para embalsamar.

—¿La habéis visto, alguien vio en qué se ha reencarnado? —preguntó a las otras.

—¿Reencarnarse? —exclamaron a dúo Sarubia y Marfestela.

—Lo tuyo es grave —añadió Sarubia—; no es de extrañar lo que nos contaba ella...

—¡Ale, loco! —gritó Archibalda, haciendo el gesto que se usa para alejar a las moscas.

Orlando las ignoró en el acto y se puso a buscar como un poseso detrás de las maletas del grupo, entre

ellas, debajo de las mismas, echándolas a uno y otro lado sin la menor consideración, volcándolas y desperdigándolas por la sala. Indudablemente buscaba alguna clase de bicho; una hembra de murciélago, como se le ocurrió de pronto. Pero, tan abruptamente como antes, pareció decidir que ya no valía la pena continuar buscándola y volvió a murmurar que le importaba un rábano y que era mala. “Mala, ¿sabes cómo te lo digo?; mala...”.

—Tengo que dejar de arrastrarme detrás de ella como un tonto (no vaya a ser que acabe reencarnándome en un mísero gusano). Que encuentre un Batman indio si tiene esa suerte, sabes cómo te lo digo: con el que le vaya mejor y al que pueda martirizar o chuparle la sangre, como hizo conmigo... —despotricó por fin, con el rencor de antes.

Y mientras los otros buscaban una solución al problema, él permaneció junto a ellos pero sin aportar nada, cabizbajo y meditabundo, quizá deseando vagamente y sin verdadera convicción haber sido él también presa de alguno de esos sortilegios transformadores que él habría llamado, con menos pretensión, transformistas..., de vez en cuando alzando la mirada hacia los arcos del techo, donde tal vez Colmilla habría podido encontrar refugio, lejos de la luz, en alguno de aquellos rincones oscuros.

Castelo, por su parte, tomó nota de la sorprendente impermeabilidad del taxidermista —tal vez habría que aprovecharla según las circunstancias—, y de inmediato retomó lo que había comenzado a exponer:

asignado podía dar lugar a que no salieran nunca de allí, a que se los terminara tragando esa especie de agujero negro hacia el que se deslizaban mientras el mundo escapaba vertiginoso por sus laderas cada vez más empinadas... había que correr, había que comenzar a trepar antes de que fuera demasiado tarde.

Orlando blasfemó como si eso pudiera servirle para aventar lo que los otros tres daban definitivamente por real aún, sin comprender ni poder entretejer sus causas, y se dirigió de regreso a su sala. Seguramente lo había movido un llamado a la responsabilidad. Entretanto, los tres entraron en la sala, lo que de paso les permitió comprobar que realmente estaba en mejores condiciones que la otra. El susto, la sorpresa o la perplejidad habían sido sustituidas por una paz que merecía ser calificada de sobrenatural. La Madre se encontraba orondamente sentada entre el maharajá de su marido y su hijo menor a uno de los lados y el Querubín y Recato al otro, con la silla vacía de Fidelio entre ellos. Los rodeaban nativos exclusivamente de sexo masculino, que en un número considerable pululaban o permanecían sentados o acucillados como era su costumbre y todos la miraban, quizá reprimiendo cierto recelo y reprobación ante la única mujer que había en esa sala, sin exteriorizar nada e incluso ocultando lo que fuera tras sonrisas de compromiso y enormes bigotes. Y comenzaron a moverse a uno y otro lado como peonzas sometidas al paso de una bola fantasma en cuanto Domontina y Macunaíma entraron con Castelo.

Ciertamente, costaba determinar que fuesen los que estaban allí desde el principio o fueran tropas de reemplazo, otros que hubiesen venido a ocupar los mismos puestos con más caras indistinguibles, quien sabe si guerreros o zánganos que hubiesen acudido al imperceptible llamado de la Madre (en esas ocasiones, hay que reconocer que ella respondía mucho más a la idiosincrasia de una Reina Madre, incapaz de evitar sentir a todos hijos suyos, que a la de la ardilla hiperactiva de las últimas visitas programadas; tal vez cosas de las metamorfosis sucesivas de las que habría provenido); al menos, eso parecía entender ella a la vista de lo bien que se encontraba coqueteando ante los nativos. A su lado, Querubín le susurraba alguna cosa.

Domontina, Macunaíma y Castelo cruzaron miradas cómplices. ¡Querubín, Querubín!, murmuró con un gesto inteligente Macunaíma: allí estaba el resultado del adoctrinamiento que Querubín había recibido del guía, por lo visto de buen grado, durante los trayectos largos en autobús.

—De acuerdo —dijo de repente la Madre—, pero lo tenemos que hacer todos juntos. ¡Como Organismo Único superaremos definitivamente el egoísmo humano!

Se refería al grupo que la había secundado cuando propuso el cambio de sala, dando claramente a los demás por perdidos para el proyecto.

—Pero, mamá... —dijo el más pequeñín de sus dos dilectos pequeñines biológicos poniendo ojos de becerro al tiempo que Valentino esbozaba una sonrisa de conmiseración—.

Tu siempre quisiste ser una linda ar-
dillita... y yo un leoncito melonado
que pudieras tener entre los brazos...

—¡Y yo un elefante! —dijo el pa-
dre, colocándose de inmediato el tur-
bante de colores de Rey Mago con
el que pretendía pasar por maharajá—.
¡Un elefante montando en un camello!

—¡Basta; a callar todos; conmigo
ni un solo caprichito individualista!
—zanjó la Madre—. Tenéis que es-
cuchar a Mamaíta, que como siempre
tiene razón: nos toque lo que nos
toque, debemos viajar todos juntos
a todas partes. ¡Y yo ya sé lo que
nos tiene que tocar!

—¡Así se habla, madrecita! —ex-
clamó Querubín, ganándose una cari-
cia maternal.

Valentino, que había entrado sigi-
losamente, los interrumpió:

—De modo que optaréis por la
reencarnación... por dejar de ser lo
que hemos sido...

—¿Y qué somos? —replicó Que-
rubín, como si hubiese sido tocado
de repente por el dedo de una Reve-
lación—. ¡Nunca se es lo mismo para
siempre!

—¡Bien dicho, Querubín! Además,
es aquí donde estamos y es aquí lo
que se estila... Como bien dijo nuestro
Querubín ayer, cuando nos contaba
la historia de Siddhartha: debemos
ser capaces de renunciar para ascen-
der. ¿Acaso no aceptamos que nos
pintaran el punto de color en la frente
y nos adornaran con guiraldas de
flores, como si fuéramos ellos? ¿Aca-
so no hicimos ofrendas y nos hincamos
de rodillas para firmar el libro de
visitas de aquel templo musulmán,
justo mirando al sepulcro del Profeta?

¿Acaso no realizáramos un pequeño
pero simpático rito junto al lago de
Pushkar? ¿Y no me compré yo un
saari, mi maridito, ¡ay! mi maridito,
un turbante de un kilómetro y Queru-
bín la novelita esa del Hesse? Nos-
otros no lo hicimos por pura diversión:
deseábamos ser uno con todos. ¡Bas-
ta de actuar como esos dos... centrí-
petas, que se la pasan comprando
recuerdos para las estanterías y pa-
redes de la casa y no dejan a mi
maridito ser el primero en sacarle
fotos a las puertas para su colección
ni ocupar los dos asientos de la pri-
mera fila! —dijo mientras señalaba
a Castelo y Domontina—. Esos que
nunca me hacen caso y que, para
colmo, se sientan en los asientos
delanteros... donde quería sentarse,
¡ay!, mi orondo maridito. ¡Y que hasta
se metieron con él, ay, mi maridito!
¡De ninguna manera; iremos todos
juntos y el que tampoco quiera salir
en esta foto que no salga! No pienso
volver la vista atrás ni preocuparme
por quienes no quieran ser hijos míos.

Clavó en todos una severa mirada
de maestra y luego, con especial dul-
zura y suavidad, la volvió a posar
en el rostro luminoso de Querubín,
estirándose luego para dedicarle otra
a Recato, que a pesar de no tenerlas
todas consigo parecía dispuesto a
lo que fuese con tal de no quedar
fuera del grupo. Y más segura de
sí misma de lo que lo había estado
desde pequeña, se puso en pie en
actitud heroica, preparada para enca-
bezar la comitiva. Se bailó una rápida
sevillanilla *al uso nostro* (con aires
de sardana), como si procediera a
estampar una firma con los pies, y

sin perder el ritmo los fue enlazando
a todos de la mano para llevarlos
con sucesivos contoneos hacia el
interior de los aseos, donde de inme-
diato desapareció... sin dejar de tiro-
near.

—Yo no... ma... má... lo siento
—dijo Valentino retrocediendo hasta
ponerse detrás de Macunaíma.

—Yo... qué remedio... llevo así
treinta y tantos años y no voy a sol-
tarme de la manita a estas altur...
—dijo mientras ya veía convertida
la propia manita en una trompa pom-
posa y los de fuera veían cómo se
meneaba un culo soberano que se
hacía cada vez más gris y... más pe-
queño, en cuyo extremo comenzaba
a nacer una colita cada vez más pun-
tiaguda, a la que se aferró el pequeño.

—Yo voy con mamaíta... —y desa-
pareció sin más, arrastrado por el
tirón abrupto que experimentó la punta
de la cola a la que se había agarrado,
un tirón hacia adentro y, misteriosa-
mente, hacia abajo, como si de pronto
el elefante se hubiera desinflado o
hubiese reducido su tamaño de ma-
nera enorme.

—A mí esta señora me cae muy
bien... Me quiere... me comprende...
me valora... ¡Vio con tan buenos ojos
que me sintiera obligado a dejarle
unas rupias y media hamburguesa
a aquella madre que nos miraba co-
mer desde la calle...! ¡Compartió tan
estrechamente la decepción que esa
mujer me provocó, hasta romperme
el corazón, cuando negándole la me-
nor migaja a la criatura se comió ella
sola la hamburguesa entera...! ¡Y
es que a ella ya le había sucedido
lo mismo al regalar un mechero...!

¡Es evidente que somos almas gеме-
las que debieron haberse vinculado
desde mucho antes; quizá que lo es-
tuvieron en una lejana vida, como
enseñan las Sagradas Escrituras!

—Bue... yo también voy, total...
Lo mismo vuelvo a tener el mismo
compañero de cuarto... Después de
todo, aunque roncaba como un buey,
era bastante divertido...

Y corriendo detrás de la Familia,
desaparecieron los dos.

—Yo no pienso perderme el mun-
do por ninguna causa, pero tampoco
voy a quedarme en él a cualquier
precio —dijo Valentino en un tono
evocativo—. Mamaíta no me dejaba
elegir... No dejó nunca que papaito
eligiese, ni dejará que se convierta
en elefante, ni el pequeñín en osito...
Ella prefiere otra cosa; algo más...
más familiar; ya lo veréis.

Castelo, Domontina, Macunaíma
y Valentino salieron de la sala sin
querer esperar a ver qué saldría de
allí al rato; ¿una fila de hormigas tal
vez?, ¿un enjambre de abejas, como
también sería previsible? En cualquier
caso, tendría difícil la supervivencia
sin ese decisivo apéndice organizador
que había optado por quedarse fue-
ra...

Fuese como fuese, ya era hora
de actuar. Y se encaminaron hacia
la otra sala.

En ese instante, Orlando salía
con el rostro descompuesto y maldi-
ciendo en dialecto. De los diecisiete
que habían formado el grupo (inclu-
yéndolo al guía) sólo quedaban los
cinco combatientes y las cuatro chicas
que continuaban adormiladas en los
asientos. Había que conseguir que